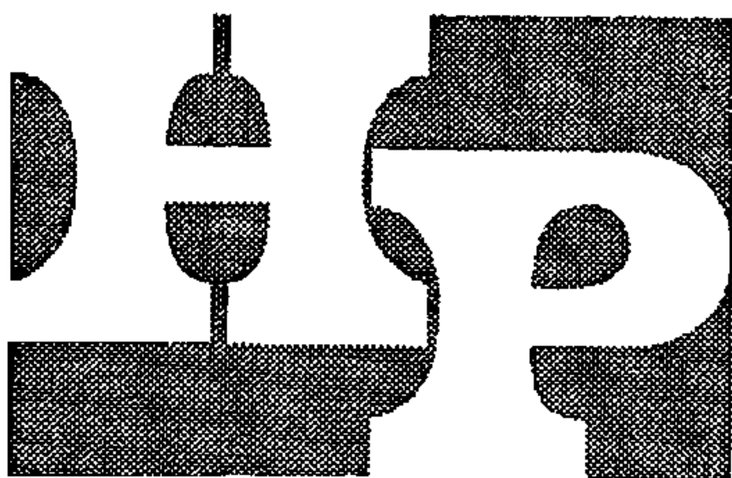


Silver Kane

Demasiadas mujeres para Johnny





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

DEMASIADAS MUJERES PARA JOHNNY

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 409
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 29.967 – 1977

Impreso en España Printed in Spain

2.a edición: octubre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Los gritos de Johnny se oyeron en toda la penitenciaría de Kansas:

—¡No! ¡No lo haréis, malditos! ¡No le mataréis, cerdos! ¡Atrás, condenados cerdos! ¡Atrás o no será sólo Peter quien muera esta noche.

Uno de los guardianes masculló:

—Cállate! ¿Te has vuelto loco?

—¡No os acercaréis a la celda de Peter! ¡Si os acercáis os juro que…!

El *sheriff* aulló:

—¡Esto ya es el colmo! ¡Nunca había visto nada igual en Kansas! ¡Llevad a este hombre a la celda de castigo!

Cuatro individuos armados rodearon a Johnny.

Éste era una verdadera torre humana, todo músculo, dueño de una mandíbula cuadrada, de unos ojos grises y de unos puños de acero, cada uno de los cuales parecía abultar como la cabeza de un hombre.

Los movió los dos a la vez, con la habilidad de un auténtico boxeador.

Dos de los hombres que se acercaban a él recibieron los impactos en plena cara. Se oyó el chasquido de dos mandíbulas. Cayeron hacia atrás como fardos.

Pero los otros dos no se habían estado quietos. Eran carceleros especiales preparados para reprimir motines, de modo que no se anduvieron por las ramas. Dos culatas a la vez se hundieron en el estómago de Johnny.

Éste se inclinó instintivamente, porque acababa de tener la brusca sensación de que iban a sacarle el estómago por la boca.

Las dos culatas se alzaron entonces, con perfecta sincronización,

y las dos chocaron con su mandíbula.

Johnny sintió entonces una cosa peor aún: que el cerebro le iba a salir por las orejas.

Se derrumbó lentamente, mientras otra culata se abatía de nuevo sobre él, ahora alcanzándole en la cabeza.

El *sheriff* barbotó:

—Basta. No quiero que lo matéis. Me basta con que pueda ser llevado a la celda de castigo.

Entre los cuatro guardianes arrastraron a Johnny, llevándolo al otro extremo del pasillo. Pero, antes de llegar allí, Johnny se reanimó. Tenía la cara llena de sangre y hacía falta ser un hércules para rehacerse tan pronto. Pero aún consiguió derribar a dos guardianes y obligó a los otros dos a propinarle nuevos culatazos, esta vez en la nuca.

Por fin se derrumbó definitivamente.

Fue llevado a la celda de castigo, que estaba en el sótano, y que consistía en una especie de nicho de sólo dos por dos metros cuadrados, donde un hombre no podía andar, y donde tenía que estar hundido en agua sucia hasta los tobillos. Quince días allí bastaban para que un recluso presentara graves síntomas de reuma deformante.

Claro que allí sólo entraban los muy rebeldes, los muy peligrosos. Como, por ejemplo, Johnny.

Cuando le dejaron bien encerrado allí, los cuatro guardianes volvieron al piso superior, lanzando maldiciones en voz baja.

La fúnebre comitiva seguía detenida en el pasillo, allí donde la dejaron.

La formaban el gobernador de la prisión, el *sheriff*, dos testigos y el juez. Todos esos importantes personajes no podían hacer nada sin ellos, sin los cuatro guardianes, pues eran éstos los que tenían que sacar de su celda a Peter, el condenado a muerte, a fin de llevarlo al patíbulo.

El *sheriff* tenía cara de vinagre.

Barbotó, mirando al gobernador de la prisión:

—¿Por qué lo ha consentido?

—¿Consentir el qué?

—El que ese fulano tan peligroso, ese tipo al que llaman Johnny, estuviera en libertad en el pasillo de las celdas, dispuesto a

estropearlo todo.

—No estaba en libertad, *sheriff*. Demontres, ¿cómo iba a estarlo? Lo que sucede es que le he hecho barrer toda esta parte de la penitenciaría.

—¿Y por qué precisamente hoy?

—Para que no estuviera en la celda de Peter, el condenado a muerte. Ambos han sido compañeros desde que Johnny ingresó en prisión; se han hecho grandes amigos, y por eso no quería que estuvieran juntos cuando nos lleváramos a Peter a la horca.

—Pues pudo enviarlo más lejos. A limpiar cacharros a la cocina, que está al otro lado de la penitenciaría, por ejemplo. Lo ha dejado demasiado cerca de la celda de Peter, o sea que no ha resuelto nada. Ese revoltoso se ha dado cuenta de lo que sucedía, y, ya ve usted el jaleo que ha estado armando.

El gobernador de la penitenciaría de Kansas hizo un compungido gesto de asentimiento.

—Lo comprendo. Ha sido un grave fallo por mi parte, pero, en fin, ya está resuelto todo. Podemos seguir.

La comitiva, en efecto, se puso en movimiento.

A pesar de que las puertas de todas las demás celdas estaban cerradas, los presos gritaban y golpeaban las paredes al saber que iban a buscar para la ejecución a un condenado a muerte.

El estrépito era ensordecedor.

Los hombres que formaban la lúgubre comitiva, pese a estar acostumbrados a todo esto, sentían que tenían los nervios a flor de piel.

Abrieron la celda de Peter.

Peter era un hombre ya de media edad, pero que conservaba toda su fuerza. Condenado a muerte por atraco y asesinato, fue considerado hasta poco antes uno de los más temibles gatillos de Kansas. Nunca había tenido miedo, y ahora tampoco lo tenía. Contempló con una sonrisa desafiante a los que venían a por él.

El gobernador de la penitenciaría murmuró:

—Todos tus recursos han sido denegados. Ha llegado tu hora, muchacho. Trata de mostrarte sereno hasta el fin.

Peter rió.

—¿Y no estoy sereno, gobernador?

—Reconozco que sí. Al menos hay que concederte una cosa:

miedo no lo has tenido nunca.

—¿Pues entonces a qué esperamos? El verdugo es un ciudadano importante, y sería lamentable que se impacientara. Vamos allá.

Los ojos del gobernador de la penitenciaría brillaron con una secreta ansia.

—Aún falta un detalle, Peter. Mi deber es preguntarte si quieres hacer alguna última declaración. Algo que esté relacionado con tus anteriores crímenes.

—¡Qué tontería! No tengo nada que declarar.

—¿Y… has hecho, testamento?

—Sí, eso sí. Aquí lo tiene.

Y Peter extrajo un sobre bien cerrado del bolsillo superior de su camisa.

—El nombre del beneficiario figura dentro. Espero que usted lo entregue, gobernador. Es su obligación.

—Naturalmente que sí. No faltaré a ella.

El gobernador de la penitenciaría guardó el sobre en un bolsillo y señaló la puerta a Peter.

—Tú mismo lo has dicho. No hay que hacer impacientar al verdugo.

—Cierto —dijo el condenado—, porque a lo peor se enfada y entonces es capaz de colgarme.

Y Peter salió de la celda, lanzando una carcajada que se oyó en todo el pasillo.

Así, riendo, dio su último paseo. Y así, riendo, vio cómo el verdugo le colocaba la soga, antes de dar el gran salto hacia el infinito.

A la mañana siguiente vinieron los sepultureros a llevarse el ataúd que ya había estado preparado desde la noche anterior. La fosa para contener el cuerpo de Peter ya estaba abierta en el cementerio de Kansas City. La ceremonia fue sencilla y rutinaria, pues los sepultureros se limitaron a firmar un recibo por el cadáver y a llevárselo a toda prisa.

El gobernador de la prisión volvió a su despacho.

No podía negar que estaba intranquilo y que había pasado parte de la noche sin dormir.

Todo aquello de las ejecuciones y todo el ambiente de la penitenciaría le hundía moralmente.

Menos mal que iban a jubilarle pronto y entonces todas esas cosas se irían al cuerno.

Se sentó tras su mesa y llamó a su ayudante, un hombre que era de su total confianza.

—Richard…

—Diga, señor.

—Quiero que traigas a Johnny.

Johnny seguía maldiciendo y gritando en la celda de castigo cuando vinieron a por él.

Derribó a dos guardianes, pese a que venían a liberarle. Armó un jaleo tremendo en los sótanos. Puso a toda la penitenciaría en movimiento e hizo que los presos volvieran a golpear salvajemente en las ventanas, las paredes y las puertas.

Estuvo lanzando maldiciones hasta la misma puerta del despacho del gobernador.

Los guardianes lo hicieron entrar, o más bien, como no podían hacer otra cosa, lo arrojaron al suelo como un fardo.

La puerta se cerró a su espalda.

Estaban solos el gobernador de la penitenciaría y el recluso. Entonces éste se pasó una mano por la frente.

—¿Ha quedado bien? —preguntó.

—Ha quedado perfecto. Anda, levántate, hombre.

Johnny se puso en pie.

Era una verdadera torre de músculos ante la que lo demás parecía pequeño.

—Tengo los pies hechos cisco —se quejó—. Agua hasta más arriba de los tobillos… ¡Menudas celdas de castigo! Voy a pillar tal reuma que no tendré fuerza ni para sonarme las narices en dos meses.

—Esas celdas de castigo son para los incorregibles. Para los tipos rebeldes como tú —dijo el gobernador lentamente.

—Menos mal que sólo he estado una noche… ¡Uf! Si llego a permanecer un poco más, ahí abajo se acaba Johnny.

El gobernador musitó:

—De todos modos, te felicito. Has hecho un magnífico trabajo.

—No ha sido agradable, se lo aseguro.

—Siéntate.

Johnny tomó asiento frente a la mesa, tras frotarse los tobillos

vigorosamente.

—¿Murió Peter en paz? —preguntó.

—¡Quía! Murió dando guerra.

—He de reconocer que era un hombre de cuerpo entero —musitó Johnny—. Nunca desfallecía, nunca tenía miedo. Una bestia, eso sí… ¡pero, amigo, con qué agallas!

—¿Conseguiste algo?

Johnny hizo un gesto de pesadumbre.

—Nada… La verdad es que no conseguí ganarme su confianza.

—Pues hiciste muchas cosas por él. Como si fueras su mejor amigo. Desde cederle los postres en las comidas hasta armar una revolución ayer, cuando íbamos a llevarlo a la horca.

Extrajo un cigarro de uno de sus bolsillos y se lo puso entre los labios.

—Hasta el último momento creí que diría algo —añadió—. Por ejemplo que te llamaría a ti, Johnny, para contarte dónde tiene oculto el producto de sus robos. Le pregunté si tenía que hacer alguna última declaración, pero el muy buitre se echó a reír. Nada, no le saqué nada. Ni una palabra. Sólo su testamento.

Extrajo el sobre, todavía sin abrir, y lo depositó sobre la mesa.

—No creo que llegara a sospechar que tú eres un federal, Johnny —dijo—, o sea un hombre encargado por el Gobierno para tratar de sonsacarle. Tu papel lo interpretaste muy bien, aunque al final no consiguieras nada. En fin, veamos qué es lo que dice ese papelote.

Rasgó el sobre. Estaba dentro de sus atribuciones, pues como gobernador de la penitenciaría tenía derecho a censurar y revisar todos los documentos.

Dentro no había más que una hoja de papel escrita a mano por el propio Peter. Era, pues, lo que se llama, en términos legales, un «testamento ológrafo», el escrito de puño y letra por el que va a testar. Tenía pleno valor ante la ley, de eso no cabía duda.

Lo leyó.

Una expresión de incredulidad primero y de asombro después fue apareciendo en su rostro, conforme pasaba los ojos por los renglones, escrito con una letra apretada y firme.

Al fin dejó caer el papel.

—No lo entiendo —balbució.

Johnny arqueó una ceja.
—No me diga que le ha dejado heredero a usted, gobernador.
—No, nada de eso.
—¿Pues entonces qué?
—Te deja heredero a ti.
Johnny sonrió con alivio.
—Ah, vamos…
—Heredero de todas sus pertenencias.
—Magnífico. Quizá eso permita descubrir dónde guardaba el producto de sus rapiñas.
—Me temo que no, muchacho.
—¿Por qué no?
—Es que no puedes ni imaginarte las cosas que te deja en herencia, Johnny.
—¿Qué cosas? Vamos, dígalas de una vez, demonios. Me tiene ya sobre ascuas.
—Te las enumeraré: son cuatro cosas distintas, y tienes que ir a buscarlas tú mismo.
—A ver.
—En primer lugar te deja una peluca rubia.
—¿Eh? ¿Qué demonios?…
—La peluca la tiene una tal Sally Donovan, que vive en Abilene. Si tú le enseñas ese testamento, ella te la dará.
Johnny se pasó una mano por sus sanos, fuertes y ondulados cabellos negros.
—¿Pero para qué demonios necesito yo una peluca? No me estoy quedando calvo, ni mucho menos.
—Peor aún, Johnny.
—¿Peor?…
—Es una peluca de mujer.
Miró tímidamente al joven y farfulló:
—¿Sigo?
—Después de lo que acabo de oír, ya no sé si hace falta.
—Pues espera, que aún te quedan unas cuantas cosas. Hay otra mujer, está en Santa Fe, que se llama Judith Carson. Ella tiene un corsé color rosa, que ese buitre de Peter también te deja a ti.
Johnny se puso en pie de un brinco.
—¡Esto es demasiado!

—Sólo te digo lo que hay escrito en el testamento, muchacho.
—¿Se burla de mí, gobernador?
—Si quieres, puedes leerlo tú mismo.
—De… demonios, es que no puedo creer que sea verdad. ¿Para qué necesito yo un corsé?
—Será para que lo vendas.
—¿Con la chica dentro?
—No, hombre, no seas bestia.
—A ver, siga.
El gobernador de la penitenciaría carraspeó.
—Hay otra chica, está en Omaha.
—¿Otra?…
—Se llama Virginia Watson. Ésta va a dejarte algo to… todavía más íntimo.
Johnny parpadeó.
—¿Todavía más íntimo?
—Sí.
—Ya sé lo que es.
—A ver, dilo.
—¡Su cartera!
El gobernador dio un puñetazo a la mesa.
—No sé lo que te pasa esta mañana, Johnny. No aciertas una. Claro que no me extraña, porque lo que sucede es como para volverse loco. Y ahora vamos con la última chica.
—No tan aprisa, gobernador. Aún no me ha dicho lo que me deja Virginia Watson.
—Es cierto… Ejem. Bueno, esa chica tiene para ti un par de medias.
—¿Queeeeeé?
Otra vez Johnny se había puesto en pie. Y casi se abalanza sobre la mesa.
—¿Qué quieres que te diga? ¡Es lo que está escrito aquí!
—Peter quiso burlarse de mí. Sabía que yo era un federal. Y antes de morir pensó: «A este tío, lo vuelvo majareta».
—No tenía motivo para sospechar tu verdadera identidad, Johnny. Hablas como un granuja, tienes pinta de granuja y actúas como un granuja.
—Vaya… Muy amable, gobernador.

—Hasta a mí me has hecho reflexionar más de cuatro veces. No he visto en mi vida un federal que conozca mejor los trucos de los delincuentes.

—Experiencia que tiene uno.

El gobernador carraspeó.

—Bueno, ¿quieres que sigamos o después de lo que has oído ya no vale la pena?

—No vale la pena.

—Pues entonces lo dejaremos. Claro que ahora que recuerdo… Mi obligación es leer todo el testamento Soy el gobernador de esta penitenciaría, y lo que tengo entre las manos es la última voluntad de un difunto. No hay más remedio que seguir.

—Entonces siga. Pero no le sepa mal si mientras me echo una siestecita.

Y Johnny puso ambos pies sobre la mesa, dispuesto a cerrar los ojos y no oír absolutamente nada más.

El gobernador carraspeó.

Y siguió diciendo:

—La cuarta chica está en Tucson, Arizona.

Johnny emitió un ronquido.

—Dice Peter que vayas a verla. Se llama Lorena Singer. Y te entregará unos… unos…

Johnny abrió un solo ojo.

—¿Unos qué?… ¡Termine de una vez!

—¡Unos sostenes!

Johnny abrió el otro ojo también. Y de golpe.

Se levantó, se dirigió hacia la puerta y puso la mano sobre el pomo.

—Bueno, gobernador, yo me largo —dijo—. Renuncio a mi distintivo de agente federal. Renuncio a mi paga. Renuncio al ascenso que me habían prometido. Todo menos renunciar a mi cabeza, demonios. Y si sigue usted con ese maldito testamento, voy a perderla. Peter se ha reído de mí. Se enteró de todo, y en lugar de romperme la crisma ha hecho que me leyeran ese testamento. Aún me parece oír sus carcajadas desde el más allá. Quédeselo usted y yo me largo. He fracasado, ¿no? Pues buenos días.

Antes de que llegara a abrir la puerta, el gobernador murmuró:

—Espera.

—¿Qué he de esperar? ¿A volverme loco del todo y a que tengan que atarme?

—Lo siento, pero el testamento es tuyo.

—Se lo regalo.

—Mi obligación es dártelo, Johnny. A mí no me importa si Peter se está carcajeando desde el otro mundo. Toma este papelote y llévatelo. Buen provecho.

Johnny lo tomó, lo guardó en uno de sus bolsillos y luego se limpió los dedos en la pechera de la camisa, como si temiera haberse infectado.

—Y ahora adiós, gobernador.

—Tendrás que esperar a la noche.

—¿Por qué?

—Para devolverte la libertad, voy a fingir que he recibido orden de trasladarte. Una vez fuera, los guardianes tendrán un «descuido». Tú lo aprovechas y te largas con viento fresco. Tu misión ha terminado aquí, de modo que espero no volver a verte. Quizá coincidamos alguna vez, en Washington, pero será por pura casualidad. Ahora ordenaré que te conduzcan a otra celda.

Hizo sonar una campanilla.

Dos guardianes se aproximaron por el pasillo, al otro lado de la puerta.

Johnny se puso a bramar:

—¡No creas que vas a librarte de mí, cochino gobernador! Me trasladan, ¿eh? Muy bien… Pero no olvidaré lo que has hecho conmigo. ¡Lo de la celda de castigo te lo vas a meter en las narices! ¡No lo olvidaré! ¡Nos volveremos a ver, buitre! ¡Y entonces te arrancaré las muelas en la plaza mayor de Kansas City! ¡Todas las muelas, condenado buitreee!…

Se lo tuvieron que llevar a rastras, mientras seguía barbotando maldiciones. El gobernador se puso en pie, estirándose la levita.

—Eh, Richard…

Uno de los guardianes se volvió.

—Diga, señor.

—Prepare todo lo necesario para ahorcar a Stanley. Su «turno» llega a las doce de esta noche.

—Bien, señor.

Y el guardián se alejó, corriendo para ayudar a sus compañeros,

quienes apenas podían arrastrar a Johnny.

CAPÍTULO II

La «fuga», hacia las diez de la noche, fue de lo más sencillo del mundo.

Dos guardianes lo sacaron al exterior, para llevarle a un carruaje cerrado en que debía ser trasladado, teóricamente, a otra prisión del Estado. Pero una vez allí sufrieron un despiste. A uno se le cayó el rifle al suelo y el otro le ayudó a recogerlo. Johnny movió las manos, les dio dos mamporros y los dejó durmiendo.

—Lo habéis hecho muy mal —masculló—. Podíais haber disimulado un poco más. Por suerte es de noche, porque si no todo el mundo se hubiera dado cuenta de que esto estaba preparado…

Montó sobre un caballo que también, «casualmente», estaba allí, y se dirigió a galope a Kansas City, situada a unas ocho millas del penal.

Mientras galopaba, repasó sus bolsillos.

Le habían devuelto la credencial de agente federal. Le habían dado dinero. En una de las bolsas de la silla de un caballo había un cinto canana y un revólver. No se podía quejar. Todo estaba preparado hasta el último detalle.

Sólo faltaba una cosa.

El testamento.

Debió perderlo mientras forcejeaba con los guardianes, al arrastrarlo fuera del despacho del gobernador.

Johnny se encogió de hombros.

Mejor. ¿Para qué quería aquello? Al fin y al cabo sólo servía para recordarle su fracaso. Ojalá lo olvidara bien pronto.

Llegó a Kansas City en un tiempo increíblemente corto.

En la calle principal de Kansas City había cuatro saloons.

En uno estaba cantando una gran artista.

En otro, un pianista interpretaba una alegre melodía ranchera.

En el tercero, como era el santo del dueño, la casa invitaba a todos los clientes.

En el cuarto había una pelea descomunal, atroz. Las sillas volaban por los aires, los cristales saltaban hechos astillas, las botellas se rompían por las cabezas de los clientes y los clientes quedaban volcados sobre las mesas, que a su vez eran volcadas, hasta formar unas pilas a las que sólo faltaba prenderles fuego.

¿Que a qué saloon se dirigió Johnny?

¿Al de la artista? ¿Al del pianista? ¿Al del santo del dueño, donde además no hubiera tenido que pagar nada?

¡Qué va, hombre!

Johnny se dirigió al último, el de las peleas. Se apeó del caballo, preparó sus puños y se despidió de su montura diciendo que le perdonara pero que iba a pasarlo en grande.

Estuvo atizando mazazos durante casi un cuarto de hora. Allí nadie sabía a quién pegaba. Recibió también un par de botellazos, pero eso eran caricias para él. Al fin, cuando apenas quedaba nadie en pie, el dueño balbució:

—Señores… para… celebrar… el… feliz… acontecimiento… la… casa… invita…

Hasta los que estaba K. O. se pusieron en pie.

Allí se bebía *whisky* del bueno, de modo que todos se acodaron en la barra.

Todo el mundo hablaba en voz alta. Todos eran ya grandes amigos. Los que antes se habían roto docenas de botellas sobre la cabeza se preguntaban ahora muy cortésmente por la salud y brindaban por una paz perpetua.

Johnny no le iba a la zaga a nadie.

Tenía la garganta tan seca que iba a necesitar un barril para encontrarse a gusto. Y no necesitó tanto, pero bebió más que cualquier otro vaquero en diez millas a la redonda.

Debían ser las tres de la madrugada cuando perdió el conocimiento.

Por la mañana, las mujeres de la limpieza encontraron todo el suelo cubierto de individuos que dormían la mona con tremendos ronquidos. Las paredes temblaban.

—¡Eh! ¡Hay que empezar a sacudirles!

—¡A la basura con ellos!

La más joven del grupo señaló a Johnny.

—¿A la basura éste? ¡Ni hablar! Yo me lo llevo a casa.

—Y yo.

—Y yo.

—Vamos a jugarlo a suertes.

Salieron al aire unos cuantos dados. Ganó una ballena que pasaba de los ciento veinte kilos.

Zarandeó a Johnny.

Johnny abrió sólo un ojo.

—¿Qué pasa?

—¡Nada! ¡Que ya eres mío!

Johnny abrió los dos.

—Pensaba enrolarme para pescar ballenas —barbotó—, pero resulta que las ballenas me han pescado a mí.

—Yo te quitaré la borrachera. Te cuidaré mucho. Ven a casa de tu querida Patricia Munster.

Johnny pensó que aquello era peor que los tres meses de encierro entre rejas.

Pegó un grito, dio un salto y se plantó en la puerta.

Ya ni se acordaba de la borrachera. Fue a saltar sobre su caballo, que estaba amarrado cerca.

Pero en los batientes tropezó con un individuo al que conocía demasiado bien.

Era Gurt, jefe de los guardianes del penal.

Johnny pensó que ahora sí que lo había estropeado todo. Le meterían de nuevo entre rejas, y no es para describir el trabajo que tendría antes de arreglarlo todo otra vez.

Balbució:

—Gurt… Yo…, bueno, creo que tengo que explicarte muchas cosas.

—No hace falta. El gobernador me puso en antecedentes. Sé que es un federal.

—¡Uf! Buen peso me ha quitado de encima. Creí que iba a llevarme allí otra vez.

—Yo no, pero procure que no le vean mis compañeros. Ellos no saben nada, y si le echan el ojo encima tratarán también de echarle el guante, creyendo que se ha fugado.

—¿Sus compañeros? ¿Qué hacen aquí?

—Lo vigilan todo. Las salidas, los hoteles, las diligencias… Toda la comarca está siendo batida.

—¿Por qué?

—Stanley, el asesino, logró fugarse antes de que lo ahorcaran. Prácticamente cuando ya tenía la soga al cuello.

—¡Diablos!

—De modo que, si quiere ser prudente, lárguese de aquí, Johnny. Y cuanto antes.

—Lo haré. Tal como se están poniendo las cosas, el suelo de Kansas City me quema los pies.

—Por cierto, yo le buscaba.

—¿Para qué?

—Ayer, cuando le sacaban del despacho del gobernador, se le cayó esto del bolsillo de la camisa.

Y le tendió una hoja de papel doblado.

Johnny masculló:

—¡El testamento!

—¿No le alegra?

—¡Hubiera preferido una bomba!

—Ése no es asunto mío. Tómelo y lárguese.

Johnny lo dudó un momento, pero en ese momento vio a Patricia Munster que venía embalada hacia él, haciéndole «chup, chup» con los labios y señas para que se estuviese quieto.

Johnny no se estuvo quieto, claro.

Una bala de cañón no hubiera ido tan aprisa al encuentro del caballo.

Montó en él, picó espuelas y salió a toda velocidad de Kansas City. En el bolsillo llevaba el testamento de Peter.

Pero cuando estuvo a unas dos millas de la ciudad, se detuvo.

La verdad era que se sentía un poco desorientado. No sabía dónde, ir.

Sacó el testamento con una mueca de asco y lo volvió a leer.

Un nombre quedó grabado en su memoria.

VIRGINIA WATSON. OMAHA

Omaha no estaba demasiado lejos. Y aquella tal Virginia tenía

que darle nada menos que unas medias.

De modo que puso rumbo a Omaha. Pensó que no estaría mal conocer a la tal Virginia Watson.

Y que el diablo hiciera lo demás…

CAPÍTULO III

Omaha era una ciudad tan turbulenta como Kansas City, con la «ventaja» sobre ésta de que el *sheriff* resultaba bastante menos enérgico.

Un vejete mascaba tabaco en un porche y luego lo escupía. Había formado ya una verdadera pirámide ante él. Johnny se detuvo.

—Eh, abuelo.

—¿Qué?

—Me gustaría ver al *sheriff*.

—¿Y por qué me lo pregunta a mí?

—Porque a lo peor está enterrado ahí abajo.

Y señalaba la montaña de tabaco que se había formado a sus pies.

—Puede que esté, pero no le he visto. Si quiere hacer excavaciones…

—No hace falta. Yo quería ver al *sheriff* porque supongo que conocerá a todos los habitantes de la ciudad.

—Seguro.

—Pero usted quizá también los conozca.

—Más seguro aún.

—Quisiera preguntarle por una mujer.

—¿Para llevársela de la ciudad?

—Tal vez sí.

—Pues mire, la mía vive ahí enfrente.

—No fastidiemos, hombre. La que yo quiero conocer es una tal Virginia Watson.

El vejete, que iba a lanzar un nuevo salivazo, se contuvo, quedándose con la boca abierta.

—¿Virginia Watson?
—Ujú.
—¿No la conoce?
—Si la conociera no preguntaría por ella.
—Es que todo el mundo en Omaha sabe quién es. En fin… Si se da prisa aún podrá verla.
—¿Dónde?
—En el saloon Eldorado. Actúa allí. Pero justamente a esta hora suele terminar su número.
Johnny murmuró:
—Cuerno.
Pero el saloon Eldorado no estaba lejos. Se veía su rótulo muy bien iluminado apenas a cien yardas. De modo que dio las gracias al vejete, le recomendó que tuviera cuidado de no enterrarse él mismo y se largó con viento fresco.
En el saloon Eldorado reinaba un enorme, un respetuoso silencio.
Un silencio roto sólo por la canción de una mujer y el taconeo de sus zapatos.
Todo el mundo estaba pendiente de ella, todo el mundo la miraba, conteniendo casi la respiración.
Johnny empujó los batientes con el pecho y comprendió el porqué de todo aquello.
Ella valía la pena.
Era una señora en toda la extensión de la palabra. E iba vestida como una señora.
Falda hasta los tobillos. Ropas ceñidas y elegantes. Zapatos de alto tacón. Cabellos cuidadosamente peinados. Más de una joya, y además auténtica.
Johnny entornó los párpados.
Demonios, no había sido tan mala idea, después de todo, darle la dirección de Virginia Watson.
Era una de esas mujeres con las que uno sueña cada noche. Y que de vez en cuando le hacen despertarse a uno lanzando alaridos de entusiasmo.
Sabía cantar. Y sabía dar en el momento más oportuno una de aquellas vueltas, para que el público se quedase alelado.
Sólo un par de minutos después de entrar Johnny allí, la canción

cesó.

Johnny pensó que debía hablar con ella cuanto antes. Seguramente era una mujer difícil, pero le recibiría en cuanto supiera que venía de parte de Peter, obedeciendo su última voluntad.

Estaba junto a la puerta. Fue a avanzar.

Pero en ese momento una cosa dura y metálica se clavó entre sus dos riñones. Sólo por el calibre, Johnny adivinó ya que no se trataba de un «Colt», sino del cañón de un «Winchester».

Y los «Winchester» tenían mala fama. Eran unos enterradores de primera. La gente decía de ellos: «Esos malditos cacharros que se cargan el domingo y disparan durante toda la semana».

De modo que alzó levemente los brazos, sin esperar a oír aquella voz que decía:

—Muy bien, muchacho. Y ahora vas a salir. Hay un par de chicos que quieren darte la bienvenida…

CAPÍTULO IV

Johnny se encontró fuera casi sin haberse dado cuenta de nada. Notó que una mano le arrebataba el revólver.

—Sigue.

—¿Hacia dónde?

—¿Ves aquella cuadra?

—Claro que la veo. La del otro lado de la calle.

—Pues sigue, muchacho. Allí hay unos cuantos que tienen unas ganas locas de conocerte.

Johnny siguió.

No sabía quién era el tipo que estaba tras él ni por qué demonios lo había elegido como su víctima.

—¿No te habrás equivocado? —murmuró.

—Oh, no… Tú eres Johnny Percival, y hace muy poco estabas en la penitenciaría de Kansas City.

—Cuerno… No me digas que tú eres un guardián y que has venido a atraparme.

—¿Un guardián…? ¿Yo un guardián…? Tiene gracia. Pero no te preocupes, porque pronto vas a averiguar quién soy.

Cuando estaban en la puerta de la cuadra, le empujó brutalmente con el cañón del rifle.

Johnny vio que el local estaba bien iluminado. Era muy amplio. A la derecha había una docena de caballos, y a la izquierda un amplio espacio libre donde le aguardaban tres hombres con los puños cerrados.

Johnny hubiera podido sostenerse en pie, pero prefirió caer al suelo. De ese modo podía dar la vuelta y ver al que le estaba encañonando por la espalda.

En efecto, lo vio.

Y esta vez, a pesar de toda su serenidad, no pudo evitar un grito de asombro:

—¡Stanley!

El asesino fugado de Kansas City no pudo evitar una sonrisa desdeñosa.

—¿Sorprendido?

—Claro que sí… ¡Tantas veces como hemos paseado juntos por el patio de la cárcel y resulta que ahora…!

—¿Ahora qué…?

—¡Hombre! ¡No entiendo por qué me estás apuntando! ¡Somos amigos!

Y fue a levantarse, pero Stanley dijo con voz ronca:

—Quieto, cochino federal.

Johnny tragó saliva bruscamente.

—¿Qué dices?

—Me has oído muy bien. No eres más que un pistolero a sueldo del Gobierno.

—¿De dónde has sacado eso?

—Uno de los guardianes que te ayudaron a escapar, con el cuento del traslado, se fue de la lengua. Creyó que por estar tú lejos de allí, ya no tenía que guardar el secreto. ¿De modo que te enviaron allí para sonsacar a Peter? ¿De modo que hacías de fisgón?

Johnny se puso en pie, pasándose una mano por la boca.

—Aunque yo fuera un federal —murmuró—, la cosa no va contigo. A ti nunca te sonsaqué. Y si has logrado librarte de la horca, no voy a ponerme a llorar por eso.

—¿Dices que no es asunto mío? Pues lo es. Y mucho.

—No veo la razón.

—¿No? ¿De veras que no? ¿Qué fue lo que le sonsacaste a Peter? ¿Dónde tenía él el dinero? ¿Por qué no se lo dices al pobrecito Stanley?

Johnny rechinó los dientes, mientras una luz de inteligencia pasaba por sus ojos.

—Ah… De modo que era eso.

—Sí, muchacho. Y vas a soltar todo lo que sepas o mis amigos te arrancarán la piel después de ablandártela con papel de lija. Podemos empezar cuando tú quieras. Por ejemplo, ahora mismo…

Hizo una seña a sus tres hombres.

Éstos avanzaron poco a poco, como tres torres humanas.

Johnny no quiso dar la situación por perdida aún. Trató de mostrarse apaciguador.

—Bueno, muchachos —dijo—, más valdrá que hablemos como personas razona…

Iba a decir «razonables», pero no terminó la frase.

Bruscamente un puño se clavó en su mandíbula, haciéndole chirriar todos los dientes.

Giró sobre sí mismo.

Iba a caer, pero otro puño le impidió perder el equilibrio.

Y un tercero le envió contra el cuerpo del que le había atizado inicialmente.

Le estaban haciendo la «rueda».

En el momento en que le enviaban hacia su primer enemigo, movió los puños.

Tenía los ojos en blanco y parecía groggy, pero no lo estaba. ¡Demonios, claro que no lo estaba!

El uppercut envió a su adversario hacia atrás. Chocó contra una de las paredes de madera e hizo temblar toda la cuadra.

Los otros parpadearon un momento y al unísono, sin comprender.

El guantazo que acababan de ver era uno de los que dejan con la boca cerrada durante toda la semana.

Stanley bramó:

—¡No le dejéis moverse! ¡Dadle, idiotas!

Pero el que «dio» fue Johnny.

Movió los dos puños de nuevo. Ahora encontró en su camino una cara que de repente pareció convertirse en pulpa.

Sabía que Stanley no iba a matarle, al menos de momento. Lo necesitaba vivo para arrancarle todo lo que sabía.

¡Si llegaba a sospechar que de veras no sabía nada!

Su tercer enemigo le alcanzó en el hígado. Johnny se estremeció, sintiendo que le acometía una terrible debilidad.

Pero eso duró sólo unos instantes, los suficientes para que sus tres enemigos atacaran de nuevo a la vez.

Stanley barbotó:

—¡Ahora es vuestro! ¡Machacadle la cara! ¡Hacedle hablar!

Johnny, con un ágil y experto juego de piernas, que nadie

esperaba en él, esquivó los sucesivos zarpazos. En un instante se colocó fuera del alcance de sus enemigos. Éstos lanzaron gruñidos de sorpresa, como tres bisontes que se hubieran encontrado de pronto en un banquete de bodas.

Johnny alcanzó a uno de sus enemigos por detrás. El golpe en la nuca, con el puño cerrado, fue casi mortal. Aquel tipo ya no volvería a levantarse en mucho tiempo. Los otros dos giraron, sorprendidos, para atacarle de nuevo.

Stanley no lo entendía. Barbotó:

—¡Idiotas! ¡Es un hombre solo!

Johnny sabía ahora que iba a vencer. Dos enemigos nunca habían sido gran cosa para él. Atacó, sin dejar que los otros recuperaran la iniciativa.

Su puño izquierdo encontró una mandíbula en el camino. Era la misma que ya había recibido otro golpe, y esta vez no lo resistió. Se oyó un chasquido mientras el dueño de aquella mandíbula tan poco afortunada caía al suelo con los brazos en cruz.

El tercer pistolero trató de huir.

Tenía prohibido usar el revólver y no quería exponerse a aquellos puños demoledores.

Johnny no le dejó llegar a la puerta. Le alcanzó en el hígado, en el estómago y luego en la cara. Fueron tres golpes perfectamente sincronizados, de una rapidez implacable, como propinados con una máquina de deshacer hombres.

Con sus tres enemigos ya en el suelo, Johnny Percival se volvió tranquilamente hacia Stanley.

Su rostro estaba tan tranquilo, tan impasible como antes de comenzar la pelea.

En cambio, el de Stanley sudaba copiosamente. Y estaba lívido como un cadáver.

—Crees que has ganado… —barbotó.

—Demasiado sé que no, Stanley. Tú tienes un rifle, y yo no tengo nada. Sé que vas a disparar.

Stanley fue a cerrar el dedo sobre el gatillo, eliminando aquel obstáculo que él mismo había ido a poner en su camino.

Pero algo le hizo vacilar. No quería renunciar tan fácilmente al dinero hasta el cual podía llevarle Johnny. Se decía que Peter llegó a ocultar una enorme suma. Si aquel fulano de los puños

demoledores sabía dónde estaba…

—Vamos a partírnosla —dijo—. La mitad para cada uno, muchacho. Tú me dices dónde tenía el dinero aquel cerdo y los dos vamos a buscarlo.

Johnny denegó con la cabeza lentamente.

—Me gustaría saber dónde está toda esa plata, Stanley, pero la verdad es que no tengo ni idea. Lo creas o no.

—No lo creo. Claro que no lo creo… —farfulló Stanley rechinando los dientes—. Y si no me sirves para nada es que no me sirves para nada…

Ahora sí que fue a apretar el gatillo. Johnny se dio cuenta de que no podía hacer nada. Sus facciones se crisparon un momento, mientras esperaba la bala en mitad de la cara.

Fue en aquel momento cuando una voz dijo desde la puerta de la cuadra:

—Muy bien, Stanley… Has armado tanto ruido con los golpes que he tenido que enterarme por fuerza… ¿Por qué no eres buen chico y sueltas ese rifle? De verdad te conviene…

El *sheriff* acababa de aparecer en la puerta. Llevaba un «Colt» 45, con el cual apuntaba a la espalda del asesino.

Stanley no quiso entregarse. Hizo un esfuerzo desesperado, girando y tratando de encañonar al *sheriff* con su «Winchester».

Pero el de la estrella no estaba distraído. Disparó una sola vez, y el cañón del «Winchester» se partió en dos mitades.

Stanley quedó más lívido aún.

Su mandíbula temblaba.

—No te devolveré a Kansas City —dijo el *sheriff* lentamente—. Voy a ahorcarte aquí mismo… ¿Para qué complicar las cosas y exponernos a que huyas otra vez?

Johnny se pasó dubitativamente una mano por la boca.

—Oiga, *sheriff*…

—¿Qué pasa ahora?

—Verá: Este hombre lleva un revólver.

—¿Y qué?

—Aunque fuera interesadamente, me ha dado una oportunidad. Yo quisiera dársela a él. Ésta es una distancia muy buena para un desafío, ¿no cree, *sheriff*?

—¿Y tú quién eres para proponer eso?

—Es un sucio federal —dijo Stanley—. Estaba en Kansas City para sonsacar a Peter.

—De modo que un federal…

Johnny ya había recuperado su revólver, encajándolo bien en la funda.

—¿Sabe que Stanley es peligroso? —masculló el de la placa—. ¿Qué pasará si le mata? ¿Qué necesidad tiene de arriesgarse?

—Me gusta el riesgo…

—Entonces, adelante. Una tumba más en el cementerio de Omaha no importa gran cosa.

Stanley lanzó un gruñido de satisfacción. No esperó a que se diera la orden para disparar. Mediante una treta innoble, tratando de sorprender a su enemigo, «sacó» frenéticamente.

Pero Johnny no estaba desorientado.

Conocía lo que se podía esperar de aquella clase de tipos, y por eso movió la derecha con fulminante rapidez, apenas el otro hubo iniciado su gesto.

Sonó un solo disparo.

Stanley, que había creído ser el más rápido, lanzó un gruñido de estupor, de horror, mientras sentía el choque de la bala.

Se llevó las manos al pecho, soltó el «Colt» y cayó lentamente, mientras su boca se torcía en una mueca agónica.

El *sheriff* masculló:

—Buen disparo, maldita sea… ¿Dónde le enseñaron, amigo?

—Se sorprendería si lo supiera.

—¿En los federales?

—Puede que sí.

—Bien… De un modo u otro ha acabado con esa pesadilla. Stanley era un maldito bicho. ¿Va a quedarse en la ciudad, federal?

—Por lo menos, hasta mañana, sí.

—¿Dónde se hospeda?

—Aún no lo sé.

—Le recomiendo el Presidente. Es un hotel donde sólo toca a una rata por huésped, mientras en los otros tocan a dos. Y no deberá pagar nada. El municipio le invita.

—De acuerdo. Gracias, *sheriff*… Pero además voy a pedirle un favor. ¿Dónde vive Virginia Watson?

—Le gusta, ¿eh?

—Mmm… No está mal. Pero yo no la quiero para lo que usted piensa. Yo sólo quiero hacerle una pregunta.

—Va a preguntarle si quiere fugarse con usted, ¿no?

Johnny lanzó una carcajada.

—Puede que sí… Pero dígame dónde vive.

—En el mismo Presidente. Ya ve que va a tenerla cerca. La habitación diez es la suya.

—De acuerdo… Gracias, *sheriff*. Y ahora espero que haga limpiar la cuadra de «desperdicios». Stanley puede tener un sitio de honor en el cementerio, y sus amiguitos se encontrarán muy a gusto en una celda. Esos tres granujas no eran gente de importancia. Supongo que quedarán en paz con la ley tras unos años de condena.

Se dirigió al Presidente, pasando por delante del *sheriff*, a quien hizo un último saludo.

El *sheriff* se rascó la mandíbula.

—Cuerno… —murmuró—. ¿Dónde he visto yo antes esa cara? ¿Es posible que siendo tan joven sea ya un federal tan famoso?

Pero Johnny no se preocupó por la cara que había puesto el *sheriff*.

Fue al Presidente, encargó una habitación a cuenta del municipio y se tumbó en la cama.

Poco después dormía como un rey.

A la mañana siguiente, tras desayunar y arreglarse concienzudamente, fue a la habitación qué le habían indicado: la diez.

Llamó discretamente con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz que ya conocía bien.

Johnny entró, cerrando a su espalda.

No podía apartar su mirada de la figura escultural de la joven, que a su vez le contemplaba admirativamente. Parecía decirse que, de tantos hombres como había conocido, éste era el que más valía la pena.

—¿Qué quiere, amigo? —preguntó.

—Pues verá… Seguro que va a sorprenderse.

—¿Sorprenderme? ¿Por qué?

—Quiero una cosa un poco extraña.

Ella hizo más ancha su sonrisa.

—¿Quizá unas medias?

Johnny tragó saliva bruscamente.
—¿Cómo lo sabe?
—Todos vienen a lo mismo.
—¿Todos…?
—Sí, hombre, sí. No veo por qué ha de extrañarse tanto.
—Bueno, pues… En fin, entonces ya sabe a lo que he venido.
—¿Cómo las quiere?
—Pues…
Johnny se encogió de hombros. ¿Qué cuerno sabía él…?
Virginia musitó:
—¿Como las que llevo puestas?
—Pues…, pues sí —balbució.
—Muy bien…
Ella se levantó y, con la mayor naturalidad, fue hacia un lado de la habitación.
El joven vio entonces que ese lado tenía un aspecto algo extraño. Mejor dicho, lo que había allí no era una cosa demasiado normal, tratándose de una habitación del hotel. Existían varias estanterías llenas de cajas. Virginia Watson tomó una de ellas, la abrió, comprobó el color de lo que había dentro, la envolvió y se la tendió a Johnny.
—Tome.
Éste no comprendía bien. ¿Aquello era todo? ¿Eso era lo que había querido decir Peter en su testamento?
Pero aún lo entendió menos cuando ella dijo:
—Son cinco dólares.
—¿Qué…?
—Cinco dólares.
—¿Y por qué he de pagarle yo eso?
Ella le miró sorprendida.
—¿No acaba de comprarme un par de medias?
—¿Es que usted las vende…?
—Pero, hombre, ¿ahora se da cuenta? Creí que al darle mi dirección se lo habían dicho. La venta de medias y otros artículos femeninos es mi segundo negocio. No podré cantar toda la vida. Por eso tengo aquí un pequeño surtido, y vendo mucho.
Johnny carraspeó.
—Pero éste es un artículo para una mujer… ¿No le sorprende

que un hombre haya venido a comprarlo?

—¿Sorprenderme? Se equivoca, amigo. Todos los que vienen son hombres. Luego no sé dónde meten lo que compran; hay algunos que deben tener una habitación llena. Pero vienen a comprar porque así me ven mejor. Y porque yo les hago propaganda del género.

Johnny parpadeó. Entendía aquello en cierto sentido, pero en otro —el que le importaba a él—, cada vez se le hacía más confuso y oscuro.

—Oiga, hermanita —murmuró—, yo creí que esto me lo regalaría.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Pensé que lo tendría preparado para mí.

—Usted está majareta, amigo.

—Puede que sí. Puede que lo esté y aún no me haya dado cuenta. Pero va a decirme una cosa: ¿usted conocía a un tal Peter?

—¿El atracador de Bancos?

—Sí, justamente. Una persona muy recomendable y honesta, a la que no sabían si ahorcar o darle la medalla al Mérito Cívico. Al final lo ahorcaron. Y él hizo testamento, ¿sabe? Un testamento muy hermoso. Véalo.

Extrajo la hoja de papel y la tendió a Virginia Watson.

Ella la desdobló con curiosidad, pero demostrando por la expresión de su rostro que no entendía muy bien todo aquello.

—Parece un testamento escrito a mano —dijo, tras echarle el primer vistazo.

—Lo es.

—Y aquí dice que lega todos sus bienes a su amigo Johnny, su fiel compañero de celda. ¿Johnny y qué más?

—El apellido no importa.

—Supongo que ese sujeto de que habla será usted mismo.

—Así es, hermanita. Siga leyendo.

Ella obedeció. Al terminar, una expresión de vivo asombro se dibujaba en sus hermosas facciones.

—¿De modo que yo tenía que darle…? —balbució.

—Eso es: unas medias.

—¿Y para qué?

Johnny movió la mandíbula un par de veces, hasta parecer que

se le desencajaba. Luego le dio un golpe y con un chasquido la volvió a colocar en su sitio.

—La verdad es que no lo sé —dijo.

—Aquí leo que otras chicas han de darle una serie de objetos… digamos comprometedores —balbució ella.

—¡Y tan comprometedores! Lo que me tiene más preocupado es la del corsé color rosa.

—Eso sólo significa una cosa: Peter se burló de usted.

—No creas que no lo he pensado más de una vez, muñeca.

—Y entonces, ¿por qué has venido?

—Para probar. Al fin y al cabo, Omaha no cae tan lejos de Kansas City.

—Pues ya has probado, muchacho. Yo no tengo ni idea de esto. Y como no estoy dispuesta a seguir con toda esta comedia, lo mejor será que te largues de aquí.

Johnny es encogió de hombros.

—No puede decirse que haya tenido demasiada suerte —balbució.

—No, no la has tenido.

—¿Aún quieres cobrar tus cinco dólares?

—Te haré rebaja; me conformo con dos y medio.

—Gracias —dijo Johnny.

Pero depositó cinco machacantes sobre la mesa.

Ella le miró sorprendida.

—¿Por qué me lo pagas todo?

—Porque lo que voy a hacer bien vale dos cincuenta, muñeca.

La estrechó en sus brazos, la atrajo hacia sí y la besó.

—Hagamos un trato, Johnny.

—¿Qué clase de trato?

—Te rebajo otros dos cincuenta.

—Aceptado.

Y la volvió a estrechar entre sus brazos. Ahora, ella colaboró desde el principio.

Cuando pudo respirar de nuevo, balbució:

—Pongo dos cincuenta de mi bolsillo.

Johnny se dejó caer en la butaca donde antes estaba sentada ella.

—Deja que me ponga cerca de la ventana —musitó.

—¿Por qué, cariño?
—Por si me conviene salir volando…

CAPÍTULO V

No, Johnny no salió volando.

Más tarde, mientras estaban los dos muy quietos, pensando en lo que acababa de suceder, el joven murmuró:

—¿De verdad no sabes nada de todo esto, Virginia? ¿Es cierto lo que me has dicho antes?

—Te lo aseguro. No estaba enterada.

—Pero conocías a Peter…

—Fue uno de mis pretendientes. Uno de los que me galanteaban con frecuencia.

—¿Y tú le hacías caso?

—Más o menos como a todos. No soy de esas mujeres que dan demasiado pie a los hombres…, excepto a algunos como tú. Pero cuando supe que Peter era un asesino, rompí toda relación con él.

—¿Y no ocurrió nada entre vosotros?

—Si te refieres a alguna relación sentimental, te diré que no. No ocurrió nada entre nosotros.

—Pues entonces ya no hay duda. Se rió de mí. Ya lo sospeché desde el principio, pero ahora estoy seguro.

—No te extrañe. Peter era un tipo muy bromista.

Sólo por proseguir la conversación, Johnny murmuró:

—¿Hizo por aquí alguna de las suyas?

—Sí. Lo de Johnson.

—¿Qué fue lo de Johnson?

—Peter se enfadó con él. Tuvieron una pelea. Pero en vez de matarle, Peter le dijo que le invitaría a *whisky*.

—¿Y eso qué tiene de gracioso?

—Nada, según se mire. Pero entonces todos nos reímos mucho, porque si algo detestaba Johnson en el mundo era el licor. Padecía

del hígado y no probaba ni una gota. Tanto se asustó que desapareció de la ciudad. Imagínate. ¡Huir por miedo a que le hicieran beber un *whisky*! Desde entonces, cuando alguien en Omaha no quiere aceptar un convite, le dicen que bebe menos que Johnson. Y Peter adquirió fama de tipo muy bromista, por haber asustado a un enemigo de esa manera.

Johnny arqueó una ceja.

—Bueno, de algo tiene que reírse la gente, ¿no? —murmuró—. Pero no veo que la cosa tenga ningún significado especial.

—Seguramente no lo tiene. No pienses más en eso.

Ella se sentó ante el tocador y empezó a arreglarse, porque la verdad era que lo necesitaba.

Estaba ordenando sus cabellos ante el espejo cuando murmuró:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues, la verdad, no lo sé.

—He visto que llevabas una insignia de federal en el bolsillo de tu camisa —dijo la observadora mujer.

—Es que soy un federal.

—Y seguramente querías sonsacar a Peter dónde guardaba el producto de sus rapiñas, ¿verdad?

—Has acertado, muñeca.

—Pues no creo que con ese papelote averigües nada. Y si supones que oculto algo, puedes interrogarme. Estoy a tu disposición.

Como aquello de «a tu disposición» resultaba algo peligroso, y Johnny estaba molido, decidió esquivar la cuestión rápidamente.

—Más vale que salgamos un rato a pasear —dijo—. Suponiendo que no tengas que actuar, claro.

—Estoy libre hasta las siete de la tarde, y son sólo las diez de la mañana. Podemos salir, si tú quieres.

—Quizá pierdas algunas ventas, por salir conmigo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué? En la vida no todo ha de ser dinero, ¿verdad, cariño?

Estuvo arreglada en un momento. Y Johnny también lo estuvo, de modo que salieron a la calle.

La gente los miraba al pasar.

En los rostros de muchos hombres se leía la envidia.

Johnny pensaba que había hecho muy mal negocio con los tres

meses pasados junto a Peter. El único resultado visible de todos estos esfuerzos era la conquista de la preciosa mujer que llevaba al lado. Muy bonita aquella Virginia Watson… Pero también daba un poco de miedo, porque se tenía la sensación de que uno, a su lado, iba a morir joven.

Pasaron junto a un enorme y destartalado local en cuya puerta un rótulo anunciaba:

«GRAN DESTILERÍA DE TONY PINKER»

La puerta estaba cerrada. Se veía que allí no había trabajado nadie en mucho tiempo.

—Éste debió ser un negocio importante —murmuró Johnny.

—Era uno de los más brillantes de la ciudad. Pinker siempre estaba metido en mi habitación, comprándome toda la mercancía que yo tenía. Gastaba el dinero a manos llenas.

—¿Y por eso se arruinó?

—No se arruinó. Estaba forrado aún cuando lo mataron en una pelea tonta. Como no tenía herederos, esto quedó abandonado. Los obreros hablaron de formar una cooperativa para seguir con el negocio, pero al final no se entendieron. Se llevaron las máquinas y ahí sólo quedaron unas cuantas cubas. Una verdadera lástima.

Johnny murmuró:

—¿Son barriles donde, se había guardado *whisky*?

—Seguramente sí. ¿Por qué?

—Porque tienen valor. En algunos sitios los pagan muy bien. Déjame ver.

Johnny se convenció de que los barriles estaban demasiado viejos. No había allí nada de valor.

—Podemos irnos —dijo.

—No sé ni para qué hemos entrado —murmuró Virginia.

—Quizá para estar a solas contigo, nena.

Fue a besarla de nuevo, y al acercarla hizo que el cuerpo de la muchacha rozara uno de los grifos de un enorme barril. El grifo despidió un fuerte chorro de un líquido claro, ambarino y muy oloroso.

—Aquí hay *whisky* todavía —murmuró Johnny.

—Pues será porque los borrachos de la población no se habrán

enterado. De lo contrario, ya estaría vacío.

—Podría invitar a unos cuantos —murmuró Johnny—. Veamos si queda mucho.

Se subió de un salto al andamiaje y miró por encima del borde de la cuba, que era una de las mayores que había visto.

De pronto palideció.

Su boca se abrió y se cerró dos veces, produciendo un brusco chasquido de dientes.

—¿Qué pasa? —murmuró Virginia, desde abajo.

—Nada…

Pero Virginia, como todas las mujeres, era demasiado curiosa para conformarse con aquella explicación. Y lo que hizo fue subirse la falda, levantar sus ágiles y esbeltas piernas y encaramarse hasta donde estaba Johnny.

Éste balbució:

—Más vale que no mires.

Pero ella ya había mirado.

También Virginia palideció. Y también sus dientes produjeron un doble chasquido.

El cadáver, que estaba totalmente hundido en el *whisky*, se conservaba como si acabara de morir, es decir, que no se había descompuesto. Pero su color resultaba lo bastante impresionante para que la mujer sintiera un súbito vértigo.

Johnny tuvo que sujetarla para que no cayera.

Descendieron los dos del andamiaje, y ella susurró:

—Lo…, lo conozco.

—¿Quién es?

—Johnson.

—¿El que todo el mundo creía que se había largado de la ciudad?

—Justo. El que padecía del hígado y no probaba el licor. El que se asustó porque Peter le había dicho que iba a invitarle a beber *whisky*.

—Pues…, pues bebió lo suyo. Apostaría doble contra sencillo a que Peter lo hizo ahogarse ahí.

—Seguro. Por aquellas fechas, este sitio ya estaba abandonado. Nadie debió notar nada.

Johnny se pasó una mano por la boca.

Estaba pálido, pero no era por el muerto. No, del muerto ya apenas se acordaba.

Lo que le había impresionado era otra cosa.

—¿Sabes qué te digo, Virginia? —susurró—. ¿Sabes qué me ha enseñado todo esto?

—¿El qué?

—Que Peter no bromeaba nunca. Y de eso estoy sacando consecuencias muy interesantes…

CAPÍTULO VI

Abilene se extendía a sus pies, visto desde la pequeña colina junto a la cual se hallaba el cementerio.

Todas las luces estaban encendidas a aquella hora. Abilene brillaba. A cierta distancia parecía incluso una ciudad hermosa.

Eso fue lo que dijo la mujer:

—Es bonita. Me la imaginaba de otra manera.

—¿No habías estado nunca aquí?

—No.

—Yo sí, desgraciadamente —murmuró Johnny.

—¿Trabajando?

—Ujú.

—Los federales estáis en todas partes. Ya se sabe.

Johnny no contestó.

Sus ojos estaban nostálgicamente clavados en la lejanía, como si recordara los días que habían pasado juntos.

—No sé si fue una buena idea —susurró.

—¿Cuál?

—Venir juntos a Abilene. Meternos en la cabeza el pensamiento de que Peter nunca bromeaba, y por tanto en el testamento tenía que haber algo de verdad. Y empeñarnos en hacer el viaje hasta aquí para hablar con la otra chica.

Virginia murmuró:

—O yo hacía esto o reventaba. Te aseguro que con la duda no podía quedarme.

—Pero es peligroso.

—¿Y qué?

—Y has perdido un excelente contrato en Omaha.

—Ya estaba harta de aquella ciudad. Quería cambiar de aires.

Hala, vamos abajo. Estoy impaciente por saber cómo es Abilene por dentro.

Sus caballos descendieron lentamente la colina. Al acercarse, vieron que las casas eran más bien sucias y destartaladas. Todo el efecto que la ciudad producía desde lejos, se desvanecía al llegar a sus inmediaciones. En los saloons se escuchaban gritos.

Virginia murmuró:

—Ya no me acuerdo de cómo se llama la chica a la que tienes que encontrar aquí.

—Sally Donovan.

—¿Y qué tiene que darte?

—Una cosa muy extraña.

—¿Tan extraña como un par de medias?

—Quizá más: una peluca.

Virginia rió.

—Una peluca… Tiene gracia, cariño. Vuelvo a creer que Peter era un simple bromista.

El joven chascó dos dedos.

Y buscó a alguien a quien preguntar por la muchacha a la que buscaba.

Oyó entonces un salivazo que casi hizo temblar a su caballo.

Vio al que lo había lanzado. Estaba en un porche.

Y con gran sorpresa suya descubrió al infalible mascador de tabaco, al vejete a quien había visto hacer lo mismo en Omaha.

—¡Eh, abuelo!

El vejete apenas levantó la cabeza.

—Hola, muchacho. Cada vez estoy peor de puntería. Había apuntado al caballo y por poco te doy a ti.

—Pero ¿no estaba en Omaha?

—Me expulsaron aquella noche, chico.

—¿Por qué?

—¿Sabes que tú me dijiste que a lo peor tenía al *sheriff* enterrado bajo la pila de tabaco?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues no tenía al *sheriff*, pero sí el sombrero y el revólver de uno de sus ayudantes. Dijeron que ya estaban hartos. Me echaron de la ciudad por dos semanas, hasta que me corrigiese. Lo cual me pareció estupendo, porque así me libro quince días de mi mujer.

—¿Y piensa corregirse?
—Claro que sí, muchacho.
—¿Por qué ha venido a Abilene?
—Porque aquí el tabaco de mascar es más barato.
Johnny comprendió que el vejete no tenía salvación.
Y tampoco tenía salvación el que recibiera uno de sus salivazos.
Murmuró:
—Oiga, abuelo…
—¿Qué te pasa ahora?
—Supongo que usted no debe conocer a nadie en la ciudad, pero se lo pregunto porque tal vez esté enterado.
—Pregunta, chico.
—¿Conoce a una tal Sally Donovan?
—De modo que otra chica, ¿eh?
—Verá; usted tiene el vicio del tabaco, y en cambio yo…
El vejete hizo con voz cavernosa:
—Je, je, je…
—No veo que la cosa sea para reírse —murmuró Virginia.
—El caso es que conozco a esa tal Sally Donovan. Tiene una tienda no lejos de aquí —mascullo el vejete—. Si sigues en línea recta, la encontrarás a unas cien yardas.
—Gracias, abuelo. ¿Qué puedo hacer por usted?
—Apártate…, muchacho, apártate… Quiero alcanzar a aquel tipo que está durmiendo al otro lado de la calle, y tú me estorbas la visibilidad. Lo malo es que siempre hago los disparos demasiado largos.
Johnny balbució con asombro:
—¿Largos…?
La calle era lo bastante ancha como para que pasaran por ella seis carromatos en columna. Estaba visto que los viejos del Oeste conservaban una vitalidad a prueba de bomba. El olor a plomo debía ir bien para la salud.
De modo que se limitó a decir:
—Gracias, abuelo.
Y se alejó de allí, antes de que el otro le bombardease.
La tienda, situada efectivamente unas cien yardas más allá, no era difícil de encontrar. El rótulo se distinguía desde bastante distancia. Decía sencillamente:

Pero para Johnny era suficiente. Más que suficiente.

Descabalgó y se acercó al local.

Éste constaba de una puerta de cristales opacos, más allá de los cuales se filtraba el reflejo de una luz. Y de un escaparate, donde había expuesta una mercancía que a Johnny no le extrañó nada, después de lo que sabía.

Pelucas.

Había allí, sobre soportes de madera imitando cabezas humanas, magníficas pelucas para dama, en todos los colores y tonalidades. Y más de un bisoñé para caballeros que quisieran disimular su parentesco con las bolas de billar.

Virginia balbució:

—Eso confirma la idea: Peter no bromeaba.

—Por lo menos, no hay duda de que conocía muy bien este lugar.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos mañana?

—No es tarde, y veo que hay luz detrás de los cristales. No se perdería nada llamando.

Y golpeó quedamente con los nudillos.

Momentos después, una voz masculina murmuró:

—¿Quién es?

—Quisiéramos ver a la señorita Sally. Venimos por una peluca.

—Bien, Esperen.

La puerta se abrió con sigilo. Un hombre todavía joven, pero amarillo y apergaminado, les franqueó la entrada. Iba vestido con levita y pantalones, y no llevaba armas. Sobre sus ojos cabalgaban unas gruesas gafas negras.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró.

—Ya comprendo que llegamos un poco intempestivamente —se disculpó Johnny—, pero quisiéramos hablar con la señorita Donovan.

—¿Dicen que quieren una peluca?

—Sí, pero una peluca un tanto especial. Mejor será que hablemos directamente con la dueña, si le parece. Nos envía un tal Peter.

—¿Peter? Me han dicho que lo ahorcaron en Kansas City.

—En efecto, así fue.

Parecía como si el hombre apergaminado vacilara, pero entonces se oyó una voz llegando desde el interior:

—¿Quién es, Parker?

—Un hombre, señorita Sally. Dice que viene de parte del difunto Peter.

Johnny parpadeó, sorprendido por lo que acababa de oír. ¿Aquel tipo decía que se trataba de un hombre? ¿Es que no había visto a la mujer? ¡Y menuda mujer Virginia Watson para no verla!

Entonces penetró en su mente la desconcertante idea.

¡Claro! ¡Las gafas negras! ¡Aquel hombre tenía que ser ciego!

¡Y no se había enterado de que también llegaba una mujer porque no le había oído la voz!

Como Johnny había hablado en plural, él también contestó en plural, pero en realidad sólo había captado la voz de un hombre, que era la del propio Johnny.

Estos pensamientos se atropellaron en la mente del joven mientras desde dentro les invitaban a pasar.

—Di a ese hombre que entre, Parker. Todavía estoy levantada, de modo que no me molesta.

Johnny pasó.

—Vengo también con una señorita —dijo.

—Ah… Es que…

—No necesita decírmelo. No lo ha notado porque es usted ciego. Lo siento de verdad, amigo.

El llamado Parker no contestó.

Les precedió por un pasillo al final del cual estaba la habitación donde brillaba la luz.

Era una habitación limpia y bien amueblada. Una mujer vuelta de espaldas a la puerta repasaba una peluca colocada en un soporte, sobre la mesa que ocupaba el centro de la pieza. Era una peluca rubia, muy hermosa, y que debía costar una elevada cantidad de dinero. Resultaba admirable ver cómo las manos de la mujer la retocaban delicadamente, cómo deshacían aquí un bucle y allá improvisaban otro, haciendo de aquel adorno —que disimularía seguramente el pelo blanco de una mujer—, una verdadera obra de arte.

Murmuró sin volverse:

—¿Quieren sentarse, por favor? En seguida termino.

Johnny y Virginia obedecieron.

Estuvieron casi tres minutos en silencio, viendo trabajar a la mujer, pero ese tiempo se les pasó en un soplo porque resultaba admirable ver la habilidad de sus dedos.

Al fin ella se volvió.

—¿Qué desean?

Johnny fue a contestar, pero quedó como petrificado. Aquellos ojos de la chica… Aquellos ojos sin luz…

Era una ciega también, pero no recordaba haber visto nunca un rostro tan perfecto.

Desde la barbilla fina y suave hasta el cuello esbelto y largo, los labios sensuales, la nariz pequeña, los ojos de un trazado perfecto y los cabellos trigueños, aquella muchacha era como para no olvidarla. Lástima que sus ojos no tuvieran vida, que sus ojos no pudieran ver.

Ella notó el súbito silencio.

Y pareció adivinar los pensamientos de Johnny cuando dijo con una sonrisa que no tenía nada de triste:

—Ah, claro… Le extraña.

—En efecto. No comprendo cómo una ciega…

—¿Le sorprende que pueda arreglar pelucas con esa rapidez? Si supiera los años que llevo haciendo este trabajo, no le extrañaría tanto. Aunque no vea las pelucas, las adivino. Para mí es muy fácil.

Johnny tragó saliva.

—Creo que la estoy molestando demasiado, señorita Sally.

—Oh, no se preocupe. Como ve, aquí ni el día ni la noche existen para nosotros. Parker también es ciego.

—Ya lo he notado.

—Se presentó un día diciendo que quería ayudarme. Me lo enviaba un centro caritativo que hay en Chicago, y al cual escribí preguntando si podían destinarme a alguien que me acompañase. Aunque Parker también es ciego, se desenvuelve mucho mejor que yo. Estando los dos juntos, la existencia se nos hace mucho más llevadera.

—Lo comprendo.

—Por otra parte, toda la población nos quiere y nos ayuda.

—¿Vive usted sólo de la confección de pelucas, señorita

Donovan?

—Sí. Y me basta para defenderme.

—¿Siempre estará ciega? ¿No se ha sometido a ningún tratamiento?

—Me visita cada semana un médico que viene expresamente para verme a mí. Tengo grandes esperanzas de recuperar la vista. Mi lesión no es tan grave como yo creía.

—¿Distingue la luz?

—Sí, pero sólo a pleno sol y además muy confusamente.

—Entonces no debe perder las esperanzas.

Ella sonrió encantadoramente, haciendo girar su asiento y volviéndose del todo hacia él.

—Pero no hablemos de mí —dijo—. No vale la pena.

Por sus preguntas adivino que es forastero. ¿Cuál es su nombre?

—Johnny Percival.

—¿Dice que viene con una mujer?

—En efecto, señorita Donovan.

—Seguramente es su esposa, ¿verdad? Y querrá una peluca para ella.

—No, señorita Donovan.

Sally parpadeó. Parecía realmente muy sorprendida.

—¿Entonces a qué ha venido?

—Quiero hablarle. Quizá no me comprenda al principio, pero espero que luego nos entenderemos.

—Diga qué quiere. Le escucho.

—En primer lugar, su dirección me la dio un tal Peter.

—¿El que murió ahorcado en Kansas City?

—Sí.

Una nube de tristeza pasó por los ojos de la muchacha, que de repente parecieron adquirir vida.

—Lo conocía —dijo—. Fue amigo de mi padre.

—Me extraña que su padre de usted tuviera por amigo a un salteador y asesino, señorita Donovan.

—¿Por qué se sorprende? Mi padre era un artista y tenía amigos de todas clases. Además, durante la época en que vivió en Abilene, no se sabía que Peter fuera el hombre que luego resultó ser.

—Comprendo.

—¿Y qué quiere, Johnny? ¿Qué más puedo hacer por usted,

aparte decirle que, en efecto, conocí a Peter?

—Verá… Es una historia un tanto extraña. Le ruego que me escuche.

Y Johnny se lo contó todo. Por una parte, Sally despertaba su confianza, por lo que resolvió ser sinceró. Por otra, de nada le valía emplear tapujos, de modo que le explicó su aventura hasta en sus menores detalles, desde el momento en que ingresó en prisión hasta que salió de ella con el extraño testamento.

No ocultó que había entrado en la penitenciaría de Kansas City como un federal y con el propósito de espiar y sonsacar a Peter.

—Y… Y eso es todo —terminó—. De las cuatro direcciones que tengo, una es la suya. Puede que todo esto sea una comedia absurda, pero me parece que Peter no bromeó jamás.

Ella parpadeó, sin poder ocultar su sorpresa.

Había palidecido.

—¿Y qué tiene que ver eso con las pelucas que me sirven para ganarme la vida? —murmuró.

—Pues… no lo sé.

—Tengo la sensación de que todo esto es una broma macabra, Johnny.

—Y yo tengo la sensación de que Peter no bromeó jamás.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Quizá seguir hablando, sencillamente, intentar recordar cosas. Quizá se nos ocurra algo.

Pero ese propósito de seguir hablando se vio cortado bruscamente. Porque justo en ese momento oyeron el sonido de dos martillos de revólver al alzarse junto a la puerta.

CAPÍTULO VII

Una voz metálica masculló:

—Estupendo. Ésta es nuestra noche de suerte.

Johnny se puso en pie, parpadeando, sin comprender demasiado bien lo que sucedía.

Vio a dos hombres jóvenes, bien vestidos, que empuñaban revólveres. Los dos parecían muy divertidos y muy seguros de sí mismos. Ya a primera vista se notaba que pertenecían a esa «juventud dorada» que hay en todas las ciudades pequeñas, a esa clase de individuos que, porque el dinero de sus padres les apoya, creen que el mundo es suyo.

Pero no comprendía a qué podían haber venido allí.

No lo comprendió hasta ver que los ojos de los dos intrusos se clavaban en ambas mujeres. No sólo en la ciega, sino también en Virginia Watson.

—Ésta es nuestra noche de suerte —repitió uno de ellos—. Hemos venido a por una chica y encontramos dos.

Sally farfulló:

—Señor Kinton, lo que está haciendo es una locura. Salga inmediatamente de aquí.

El otro rió.

—Veo que, a pesar de ser ciega, conoces perfectamente las voces, preciosa.

—Su voz de niño mimado la reconocería enseguida.

—Niño mimado, ¿eh? Te pones chula.

—¿Quién le acompaña? ¿Su amiguito Louis?

—Claro que es él… Los dos tenemos buen gusto, nena.

—Resultaba muy difícil atraparte —masculló el otro, interviniendo en la conversación—, porque casi nunca sales de casa,

y por la noche cierras la puerta. Pero esta vez estaba abierta.

—Olvidé cerrarla… —se disculpó Parker, rechinando los dientes.

—Vamos a aprovechar la ocasión —dijo Kinton suavemente—. Una muñeca para cada uno.

—¡No os atreveréis a…!

Era Sally la que se había puesto en pie, mientras temblaban sus labios rojos y pulposos.

—¿Que no nos atreveremos? ¿Y quién va a impedirlo? ¿El *sheriff*? Lo hemos dejado medio borracho hace un cuarto de hora. Y mañana, cuando nos denuncies, diremos que es una tontería. Que no has podido vernos.

Los dos lanzaron al mismo tiempo una carcajada seca y viciosa, como si aquello tuviera muchísima gracia.

—¡Os vais a tragar vuestras palabras! —gritó la ciega, sin pedir socorro, atreviéndose a desafiarles aún.

—¿Tragarlas? ¿Y quién va a conseguirlo? ¿Tú? ¿O ese idiota de Parker, que también es ciego?

Parker, en efecto, no se atrevía a moverse.

Estaba pegado a una pared, como aterrorizado.

Los dos crápulas avanzaron un paso.

Y entonces una silueta alta, ancha, se interpuso en su camino.

Johnny, con una sonrisa que no se sabía bien si era amable o era la de un verdugo cuando prepara la soga, murmuró:

—Valdría la pena hablar de todo esto, ¿no, muchachos?

Ellos le dirigieron una mirada despectiva.

No habían soltado sus revólveres, que mantenían listos para el disparo.

—¿Quién eres tú?

—Un forastero.

—Pues aparta. Estorbas.

—Da la casualidad de que estoy bien aquí. Y cuando me siento a gusto en un sitio, no hay quien me mueva.

—Muy bien… Pues entonces te vas a quedar. Pero para siempre.

Johnny chascó dos dedos, sin acercar demasiado la mano al revólver.

—Sois muy buenos chicos —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque vosotros también vais a quedaros.

—¿Te has vuelto loco? ¿Nos estás desafiando?

—No, no os desafío. Yo a los cerdos no les hago ese honor. A un cerdo ni siquiera se le avisa cuando se le va a matar. Simplemente, se le degüella.

Los dos jovenzuelos quedaron atónitos, como petrificados por el estupor.

Nadie les había hablado así en Abilene, donde creían ser los reyes. ¡Y menos un maldito forastero!

—No perdamos tiempo —masculló Kinton.

Fue a disparar. Creyó incluso que había conseguido hacerlo.

Pero todo fue tan rápido, tan brutal, que produjo en él como una sensación de pesadilla.

Johnny había derribado con el pie su silla, haciéndoles casi perder el equilibrio, pues el mueble chocó contra las rodillas de ambos, que estaban demasiado juntos. Durante unos brevísimos segundos, se tambalearon.

Ese brevísimo tiempo fue aprovechado por el joven. ¡Y de qué modo!

Movió la mano derecha fulminantemente y disparó a través de la funda una sola vez.

La cabeza de Kinton tembló. La bala le había penetrado por en medio de la frente. Abrió mucho los ojos, mientras lanzaba un grito de horror, y cayó de espaldas.

Louis alzó el revólver.

Era un cobarde. Su derecha temblaba. Le faltaban fuerzas para disparar contra un hombre que le hacía frente.

Johnny no perdió demasiado tiempo con él.

De un puntapié hizo que el revólver saltara hasta el techo. Luego, con un movimiento fulminante, sacó el cuchillo que siempre llevaba remetido en la caña de la bota.

—He dicho que a los cerdos se les degüella —masculló.

Todo fue también tan instantáneo y tan rápido que Louis apenas pudo darse cuenta.

Sólo lanzó un grito de horror al ver que el cuchillo se dirigía hacia su garganta, y trató de huir.

Fue inútil.

Después del terrible tajo, Johnny lo lanzó por la ventana a un patio posterior para que no lo pusiera todo perdido de sangre. Igual

camino siguió su compañero Kinton, que va no era más que un cadáver.

Virginia Watson estaba desconcertada.

No imaginaba que Johnny fuera un tipo así, tan peligroso, que parecía salido de los peores rincones del hampa.

En cuanto a Sally, no sabía lo que ocurría.

Sólo había escuchado el disparo y luego aquellos dos gritos de muerte.

—¿Qué ha hecho? —balbució.

—Una cosa muy sencilla: liquidar a dos cerdos.

—¿Los… ha matado?

—Con música y todo.

—No sabe lo que ha hecho, Johnny. Sus padres son gente poderosa. Pagarán hombres para que lo liquiden a usted. Estará muerto antes de cuarenta y ocho horas, Johnny.

Él se limitó a decir:

—Bastante gente me acompañará.

Se dirigió lentamente a la puerta.

—Creo que ya la he molestado bastante, Sally —murmuró—. Ya basta de jaleos por esta noche. Mejor será que vuelva mañana.

E iba ya a salir cuando ella dijo inesperadamente:

—Johnny…

—¿Qué?

La ciega se mordió el labio inferior nerviosamente.

—No, nada… Sólo quería decirle que me ha hecho usted un gran favor, Johnny.

Él mostró sus sanos dientes en una estrecha sonrisa.

—No haga caso. De vez en cuando suelo matar a alguien para mantenerme en forma. Buenas noches.

Y salió.

Virginia salió con él. Parecía aún asombrada por lo que había sucedido.

—Abilene es una ciudad salvaje —masculló—. No creo que se pueda vivir aquí.

—Pero al menos se puede morir. Siempre es una ventaja.

—Voy a meterme en cualquier hotel y tratar de dormir. No quiero ni recordarlo.

—Ahí tienes uno. Míralo. El hotel The Globe. Encarga una

habitación para ti.

—¿Y por qué no una para los dos?

—Parece que me he convertido en un individuo peligroso y no quiero que me encuentren a tu lado cuando vengan a buscarme, muchacha.

—¿Qué vas a hacer mientras yo voy al hotel?

—Me ocuparé de que los caballos tengan una buena cuadra. Necesitan descansar.

Virginia Watson se despidió, y Johnny quedó solo.

El silencio le envolvía.

Nadie parecía haberse alarmado por el disparo en una ciudad donde eso era lo más normal.

Estaba desamarrando los caballos cuando le pareció ver una mancha blanca en la oscuridad del porche.

En efecto, alguien había salido allí. Y Johnny se dio cuenta, con sorpresa, de que era Sally Donovan.

—Johnny…

—Sally, ¿qué hace aquí?

—Necesito pedirle un favor, Johnny. Otro favor.

—Hable.

—¿Por qué no se queda a dormir en casa? —preguntó ella, en un susurro.

—¿Qué… quiere decir?

—Por favor, no piense mal.

—Yo no pensaba nada, Sally.

—Sé que corro peligro.

—¿Esta noche?

—Ésta y todas las noches.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—No se lo podría explicar, Johnny. Es…, es difícil. Pero sé que junto a usted no me ocurrirá nada.

—¿Tiene miedo?

—Cualquier mujer lo tendría en mis circunstancias.

—¿Y Parker? ¿No la defiende?

—Dese cuenta de que Parker también es ciego.

—Lo comprendo.

—No puede hacer gran cosa cuando eso sucede.

Johnny farfulló:

—¿Qué es eso?

—Por favor, no me pregunte ahora, Johnny. Si es que sucede, ya se enterará.

—De acuerdo. ¿Qué debo hacer?

—Entre por esa ventana sin hacer ruido. Por favor, no quisiera ni que el propio Parker se enterase. Creería que con eso le digo que ya no sirve para nada, y yo no quiero ofenderle porque es un buen hombre. Verá una habitación donde hay un diván y unas mantas; aquél era el sitio de trabajo de mi padre. Podrá descansar bien.

—De acuerdo, Sally.

—Pero quizá se enfade su…, su esposa.

—No es mi esposa.

—Su amiguita.

Johnny no contestó. Se limitó a hacer: «Ejem».

Y entró en silencio por la ventana que ella le había indicado. La cerró, corrió las cortinillas y encendió la luz.

Estaba en una habitación grande, que debía haber sido el taller de un escultor. Numerosas figurillas y bustos descansaban por todas partes, abundando sobre todo reproducciones de la cara de Sally. Pero lo que más llamaba la atención era una figura, a tamaño natural, de una mujer. Era una figura hecha de barro cocido y luego pintada con el color de la piel humana. Resultaba perfecta desde el punto de vista artístico, pero producía un efecto en verdad sorprendente. Era como una mujer de verdad. Sólo faltaba vestirla.

Johnny la miró desde todos los ángulos.

Sorprendente y extraña escultura, que producía un efecto aún mucho más turbador porque tenía la cara de Sally.

El joven se pasó una mano por la boca.

Demonios, no iba a ser tan fácil dormir allí. Tendría la sensación de que la escultura iba a avanzar hacia él de un momento a otro.

Pensaba en esto cuando la puerta se abrió.

Y apareció la escultura, Pero, bueno, ésta de verdad. Y vestida.

Sally dijo con voz tenue:

—¿Sorprendido?

Johnny no pudo evitar un pensamiento. O muchos pensamientos a los que no quería dar nombre. Sonrió embarazosamente.

—¿Qué significa esto, Sally?

—Quería saber si estás bien.

—Muy… bien.
—¿Has visto la estatua?
—Sí, y la verdad es que produce un efecto muy… especial.
—No soy yo.
—¿No?
—Es mi madre. Se parecía mucho a mí. Mi padre jamás podía olvidarla. La miraba horas y horas.
—Pero ¿por qué la hizo así?
—Porque quería vestirla. Decía que así iba a tener la sensación de que estaba junto a él. Pero la muerte le sorprendió cuando acariciaba ese sueño tan estúpido y al propio tiempo tan romántico.
Johnny chascó dos dedos.
—Un tipo interesante tu padre.
—Fue la época de su amistad con Peter. A veces, Peter le veía trabajar.
—Pero ésa es una historia pasada.
—Pasada en todos los sentidos. Mis padres han muerto, Peter ya ha sido ahorcado. Parece como si un halo fatal lo envolviera todo. Y yo estoy terriblemente sola.
Johnny balbució:
—¿Sola?
La sentía muy cerca, hasta casi rozarse sus cuerpos. Y captaba el perfume enervante de su piel.
Repitió:
—¿Sola?
Los labios rojos, pulposos, jóvenes, eran una tentación que le llegaba hasta el fondo de los sentidos.
La besó. La besó sin que ella lo adivinara, sin que opusiera resistencia.
De pronto, ella le rechazó con las manos.
Sus hermosas facciones se habían crispado. Sus labios estaban torcidos en una mueca.
—Déjame.
—Lo siento, Sally.
—Los hombres me dan asco.
—Entonces lo siento más todavía.
—Quizá fue un error el pedirte que te quedaras. No eres un caballero.

—Te he dicho que lo siento. No volverá a ocurrir, Sally.

Ella iba a decir algo, pero su voz quedó cortada. Porque en ese momento oyeron un leve rumor junto a la ventana. Era como si alguien caminase lentamente, arrastrando algo pesado por tierra.

—¿Qué es esto? —musitó Johnny.

—Parker. Tiene que ser Parker. Se lleva los dos cadáveres para depositarlos lejos de aquí y que nadie sepa dónde han muerto. Es el único sistema para que no vengan a matarnos a todos, en venganza por haber liquidado a esos buitres.

—Pues tu amigo Parker ha tenido una buena idea.

—Es listo y servicial. Si no se tratara de un ciego, yo me sentiría muy protegida.

—Me hago cargo.

—Y ahora buenas noches, Johnny. Espero que no ocurra nada. Espero tener la suerte de no necesitarte.

Y cerró con suavidad, tras salir de la habitación.

Johnny se pasó un momento la mano por la mandíbula, sin entender muy bien todo aquello. Pero, en fin, ya lo pensaría otro rato. Estaba cansado y allí tenía un magnífico diván para dormir. De modo que apagó la luz, se tendió, sin desnudarse, y cerró los ojos con gesto beatífico.

Un momento después estaba profundamente dormido.

CAPÍTULO VIII

¿Qué era aquello?

¿Qué eran aquellos gemidos ahogados, sordos, que parecían filtrarse a través de las paredes?

Johnny se despertó de pronto, con la sensación de estar soñando.

Pero no, no era un sueño. Efectivamente, oía algo. Se trataba de una mujer que gemía ahogadamente y lloraba al mismo tiempo.

El joven se despabiló inmediatamente.

Tenía que ser Sally.

De modo que se puso en pie, ajustó su revólver en la funda y salió de la habitación.

En el primer momento quedó desorientado.

Para no herir la delicadeza de la muchacha, no le había preguntado dónde estaba su dormitorio y ahora, durante unos instantes, no supo en qué dirección avanzar.

Pero los gemidos, que volvían a repetirse, le guiaron.

Empujó la puerta tras la cual acababa de oírlos. Y entonces le pareció ver, a la confusa luz de la luna, una sombra que saltaba por la ventana, huyendo.

Era un hombre.

Johnny no era de esos que piensan que «a enemigo que huye, puente de plata». Él creía, por el contrario, que «a enemigo que huye, una tumba recién abierta».

De modo que disparó. Y además disparó a matar.

Pero la semioscuridad que le envolvía y la precipitación con que hizo el disparo, le impidieron alcanzar a aquella sombra, que además se movía con una endiablada rapidez. Unos segundos después ya no era visible.

Johnny bajó el revólver, mientras miraba consternado en torno suyo.

Distinguió a Sally Donovan, que lloraba silenciosamente sentada en un borde de su lecho. No llevaba más que una fina camisa, y aún ésta se hallaba desordenada, de modo que más de diez habitantes de Abilene hubieran pagado por estar allí. Pero Johnny no pensó nada de lo que tal vez hubieran pensado los otros.

Sólo se dijo que la muchacha estaba en peligro, un peligro que por el momento no acertaba a calibrar, pero que sin duda era algo miserable.

Susurró:

—No temas, Sally. El que sea ha huido.

Ella se cubrió el rostro con una mano, sin dejar de llorar, mientras con la otra tapaba un poco su cuerpo.

—Es…, es horrible, Johnny.

La puerta se abrió en aquel momento.

Un rostro amarillento, unas gafas negras y unos labios temblorosos aparecieron en el umbral.

Parker, que llevaba una ridícula bata sobre su ropa interior, balbució:

—¿Qué pasa, Sally?

—Lo de… otras veces.

—¡Dios santo!

—Pero ahora estaba aquí Johnny. Él ha huido.

Parker balbució:

—¿Dice que Johnny está aquí?

—Sí. Y por poco consigue matar a ese buitre.

El joven, que ante todo quería averiguar lo ocurrido, dijo a Parker con voz tranquila:

—No se preocupe; ella ya está a salvo. Puede volver a su habitación.

Parker balbució:

—Siento no haber resultado más útil.

—No se preocupe. Demasiado hace para ser un ciego.

Parker desapareció.

Sally Donovan y aparecía haberse serenado un poco, y ahora se cubría completamente con las ropas.

—Eh…, lo siento —balbució.

Johnny se sentó junto a ella y trató de hablarle con voz tranquila.

—Ese tipo que ha saltado por la ventana, ¿qué quiere?

—¿No lo imaginas?

—El muy miserable, el muy hijo de…

—Pero nunca ha ocurrido nada grave. Es un sucio vicioso. Se limita a tender las manos hacia mí, sabiendo que no puedo verle.

—¿Por dónde entra?

—No lo sé… Siempre por un sitio distinto. Yo vivo aterrorizada. Procuro que todo esté cerrado, pero una ciega no puede a veces asegurarse de muchas cosas. Debe tener llaves falsas, además. O quizá se filtra por las paredes. Dios santo, yo ya no sé qué pensar.

—¿Quién es?

—¿Y crees que si lo supiera no hubiera hecho algo para evitar todo esto?

—Pero debe ser alguien que vive en Abilene, claro.

—Alguien que vive en Abilene y que conoce mis costumbres.

—¿Parker no puede hacer nada por evitarlo?

—Parker bastante hace con evitar que le maten a él. El tipo que entra algunas noches es peligroso. Yo sé que va armado. Y Parker, ¿cómo va a defenderme con eficacia si ni siquiera puede verle?

—Lo comprendo.

—Es como una…, como una condenada pesadilla.

—Pero algo habrás notado, Sally, Algún detalle habrás captado de ese perro.

—Sólo uno.

—¿Cuál es?

—Tiene una aspereza en la mano derecha. Una fuerte aspereza entre los dedos corazón y anular.

—Resulta un buen dato. Y quizá sea suficiente.

—¿Qué, tratas de insinuar?

—Que si ese tipo vive en Abilene, como supongo, voy a dar con él. Y que con su mano derecha agujereada se irá a la tumba.

—Me temo que sea al contrario, Johnny.

—¿Que él me mate a mí?

—Debe haberte visto. Y si no tiene cómplices, los buscará. Es posible que acabe contigo antes de que te des cuenta de lo que sucede.

Johnny chascó dos dedos.

—Muchos lo han intentado, muñeca. ¿Y sabes qué les ha ocurrido?

—¿Qué?

—A todos los he enterrado con los pies fuera. Para que la gente se enterara de que calzaban un número de mujer.

Guardó el revólver, que aún no había soltado, y salió de la habitación, volviendo a lo que había sido taller del padre de Sally. Pensó que no había adelantado demasiado en su tarea de descubrir el secreto de Peter, pero al menos habría ayudado a una mujer indefensa.

La estatua en tamaño natural parecía hacerle un extraño guiño desde la penumbra.

Johnny dijo, antes de cerrar los ojos:

—Adiós, guapa.

Y volvió a quedar profundamente dormido. A él eso de que fuera a matarle le daba más sueño todavía.

CAPÍTULO IX

Por la mañana entró en el saloon que estaba más cerca de la casa de Sally.

No se veía demasiada animación en las calles.

Algunos vaqueros iban a su trabajo. Y algunos borrachos tumbados en los porches eran recogidos por la última ronda de los agentes del *sheriff*, que no parecían servir para gran cosa más.

Johnny se acercó a la barra.

—Hola, amigo.

—Hola, señor —dijo el camarero, fijándose en sus ojos duros e implacables—. ¿Quiere desayunar?

—Claro.

—¿Qué tomará?

—Un vaso de ginebra así de grande.

—Pero, señor… Es la hora del desayuno…

—Tiene razón. Es la hora del desayuno… En fin, para no desentonar, ponga ahí tres gotas de leche. Pero ni una más, ¿eh? La leche me marea.

—Sí…, sí, señor.

Johnny bebió de un trago el infernal brebaje que acababan de prepararle.

Se sentía tranquilo. Con los nervios a punto.

Por eso vio con tanta perfección a los tres hombres que entraban tranquilamente y se sentaban ante otras tantas mesas, separados, sin haberle mirado siquiera.

Johnny murmuró:

—Otra ginebra, amigo.

—¿O… otra?

—Es que aquélla era para la sed.

—¿Y ésta?

—Para el hambre.

—De, de acuerdo, señor. Pero dígame una cosa.

—¿Qué?

—¿Dónde le han blindado el estómago?

—En ninguna parte. Me tragué cierta vez una pieza de locomotora y aún la tengo aquí dentro. No sabe usted lo que le protege a Uno.

Le sirvieron la ginebra.

Johnny se la llevó a los labios con una sonrisa beatífica.

Y de pronto la ginebra saltó por los aires y el vaso llegó hasta el techo, mientras todo el cuerpo del joven se tensaba.

Fue instantáneo.

Fue también tan rápido como una pesadilla.

Bruscamente, su cuerpo giró hacia el otro lado del saloon, mientras el revólver parecía brotar de entre sus dedos.

Disparó una vez.

El individuo que se había sentado a unas tres yardas, y que le apuntaba con el «Colt» por debajo de su periódico, dio un salto hacia atrás y volcó la mesa, mientras lanzaba un grito de agonía.

Disparó dos veces.

El otro individuo, que estaba en las escaleras que llevaban al piso superior, montando ya una escopeta de cañones aserrados, dio un brinco y pareció como si quisiera subir por aquellas escaleras.

A medio camino se detuvo.

Tenía una espantosa brecha en el hígado.

Cayó rodando, mientras en sus facciones se dibujaba el rictus de la muerte.

Johnny disparó otra vez.

Todo eso ocurría tan instantáneamente, con tanta rapidez, que apenas era posible seguirlo con la vista.

El tercer hombre, que le apuntaba por debajo de la mesa, quedó quieto en su sitio. Y de repente empezó a gatear, como si quisiera llegar así hasta la puerta del saloon.

Naturalmente, no llegó.

Quedó plegado en el suelo, en actitud grotesca, mientras sus facciones grises se iban cubriendo con el rojo de la sangre.

Johnny sopló en el cañón de su revólver.

No habían transcurrido ni diez segundos desde que todo aquello empezó.

El camarero balbució:

—¿O… otra ginebra, señor?

—Ya he bebido bastante. Y el importe de los dos vasos se lo vas a ir a cobrar a tu padre.

—¿Po… por qué, señor?

—Te has dado cuenta de lo que se fraguaba a mi espalda. Y no has despegado la boca.

—No podía, señor.

—¿No?

—Le ruego que me entienda. Yo vivo en Abilene. Yo no quiero que me lleven cosido a balazos al cementerio. Esos tipos lo hubieran hecho si yo llego a avisarle.

—¿Quiénes eran?

—Pistoleros profesionales.

—¿Al servicio de quién?

—De los señores Kinton y Louis, que son dos de los millonarios más importantes de esta comarca.

Johnny arqueó una ceja.

—Ya voy entendiendo… De modo que se han enterado bien pronto de que yo maté a sus honradísimos hijos.

—En Abilene todo se sabe, señor.

—Pues ahora aún se sabe más.

—Enviarán otros pistoleros contra usted.

—Me parece estupendo. Ponerme otro vaso de ginebra.

—¿Para qué, señor?

—Para brindar por la salud de los otros fulanos a los que pienso matar.

Cuando tuvo el vaso lleno, lo alzó y entonces miró hacia la puerta.

Un hombre avanzaba desde allí, hacia él.

Era un individuo que ya debía tener unos cincuenta años, pero que aún conservaba todo su vigor. Sus facciones rudas y enérgicas delataban una intensa vida de acción.

Llevaba dos revólveres, cuyas fundas estaban sujetas a los muslos por medio de correíllas.

—¿Puedo unirme a ese brindis? —preguntó.

Johnny le miró atentamente.

—¿Y por qué no?

—Gracias. Otra ginebra.

Cuando el desconocido la tuvo en la mano, Johnny preguntó:

—¿Por quién brinda?

—Por la gente que me es más simpática del mundo: por los muertos.

—Tiene buen gusto, amigo.

—Siempre lo he tenido.

—Es un pistolero profesional, ¿no?

—¿Se me nota?

—Se le nota hasta en el color de las espuelas.

—Pues sí, soy un pistolero profesional. Pero casualmente al servicio del Gobierno.

—¿Un federal?

—Ujú. Y me han dicho que usted se llama Johnny y que también lo es.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un vejete que está poniendo las calles perdidas de tanto tabaco mascado.

—Hum… Menudo charlatán.

—No tenía por qué ocultármelo. Generalmente los federales no guardamos el secreto.

Bebió un largo trago del vaso de ginebra pura que le habían servido y añadió:

—He visto sus disparos, Johnny. De primera.

—Pché… Algo desviadillo el último.

—Demonios… ¡Si le ha dado en mitad de la cabeza!

—Yo le apuntaba a las narices.

—Cuerno… Es usted un tipo raro, Johnny. Un federal de cuidado.

—¿Eso es un elogio?

—Y tanto que lo es. Conste que no acostumbro a prodigarlos. Soy el jefe de federales más duro que hay en esta zona.

Johnny carraspeó.

—¿Jefe…?

—¿No lo sabía?

—No.

—¿Y no le habían dado mi nombre?

—No, no me lo habían dado, señor. Claro que es lógico. Yo no hubiera tenido que venir para nada aquí. Mi puesto de trabajo estaba en Kansas City.

—Y ha llegado hasta Abilene siguiendo una pista.

—Exacto, señor.

—Sin que nadie se lo ordenara.

—Sin que nadie me lo haya ordenado, señor.

—Vaya… Eso es tener iniciativa. Y ser un federal digno de servir como modelo a los otros. Le felicito.

Y le tendió una mano que todavía era fuerte y dura como un pedazo de hierro.

—Venga a verme luego —dijo—. Me llamo Elsen y tengo mi residencia en el mismo edificio de la junta de vecinos. Quiero proponerle para un ascenso.

—Lo haré, señor.

—Y ahora…, ¡a la salud de los muertos!

—A la salud de los muertos, Elsen.

—¡Para que Abilene quede limpia de buitres como ésos!

Y señaló con el mentón a los caídos.

—Para que les arranquemos las plumas una a una, señor.

Elsen vació su vaso, dio media vuelta y salió.

En la puerta estuvo a punto de tropezar con una mujer enorme, tan alta como él. Era joven y bonita, pero con el defecto de haber nacido demasiado atlética, demasiado gigantesca. Ningún hombre se hubiera atrevido con ella. De un guantazo era capaz de deslomar a su marido, si es que lo tenía, y a todos los invitados a la boda.

Cuando Elsen hubo desaparecido, aquella mujer desapareció también.

Johnny terminó su vaso y salió, sin dirigir ni una última mirada a los muertos.

Salió del local y dio la vuelta, dirigiéndose a la parte trasera del mismo.

Allí había unos campos silenciosos. Y todo era tranquilidad y paz.

De pronto una mano enorme cayó sobre él.

Se detuvo.

La mujer a la que había visto antes en la puerta acababa de

sujetarle. Su salud y su juventud eran excelentes, pero su corpulencia más aún. Era la única persona del otro sexo que tal vez hubiera podido poner en un aprieto a Johnny. Por lo pronto lo zarandeó a modo, sin que él se defendiera.

—¡Eres el sinvergüenza más grande que me he echado a la cara, Johnny!

—Si mi hermanita mayor lo dice, debe ser verdad.

—Déjate de hermanitas y de cuentos. Si nuestro padre te viera, se avergonzaría de ti.

—No puedo negarlo.

—He oído desde la puerta tu conversación con ese hombre.

—¿Y qué?

—Eres un condenado farsante.

Lo soltó y puso los brazos en jarras, mirándole agresivamente.

—¡Mira que fingirte un federal —masculló—, cuando toda la vida no has sido más que un presidiario!

CAPÍTULO X

Johnny protestó.

—No tanto, no tanto… Eres una exagerada, Mary. Yo sólo he estado en la cárcel dos veces, y siempre por armar bronca.

—Pero de federal no tienes ni las medias suelas de tus botas.

—Eso es cierto.

—Has engañado a todo el mundo.

—No sé a qué vienen tantos aspavientos ahora, Mary. Al fin y al cabo tú me has ayudado en esta comedia.

—Pero ya estoy cansada.

Él murmuró:

—Oye, no habrás dejado escapar al otro Johnny, el verdadero federal…

—No, no lo he dejado escapar. Lo tengo encerrado tal como tú me pediste.

—¿Te da mucho trabajo?

—No. No se atreve conmigo.

—Lo comprendo…

—¿Quiere decir eso que me considera una mujer brutal?

—No, hermanita. Tú eres dulce como una paloma.

—Lo que ocurre es que ese federal es un buen muchacho. Y por eso me sabe mal tenerlo encerrado.

—Y te has cansado ya.

—Justo. Eso quería decirte. Y por eso he recorrido medio Oeste, buscando tu pista.

—¿Quieres dejar el plan que nos trazamos?

—En efecto; yo ya no sigo.

—La verdad es que no te falta razón —dijo Johnny—. Y me parece que yo tampoco voy a seguir. No hay ni pista del dinero, y

creo que Peter se burló de mí.

Ella produjo un chasquido con la lengua, igual que lo hubiera hecho un hombre.

—Recuerdo tu plan —dijo—. Parecía estupendo… Cuando te enteraste de lo que aquel federal, también llamado Johnny, proyectaba, le diste un buen golpe en la cabeza y luego me lo entregaste a mí para que lo tuviera a buen recaudo durante varios meses, sin hacerle daño, pero también sin dejarle escapar. Tú pensaste que podías sustituirle sin gran trabajo e ir a la penitenciaría de Kansas en su lugar. Lo que él trataba de averiguar de Peter, podías averiguarlo tú, pero en tu exclusivo beneficio. Es decir, una vez conocido el emplazamiento del dinero, no dirías una palabra a nadie. Irías a recogerlo tú solito, y colorín colorado este cuento se ha acabado. Un trabajo limpio si los hay. Ningún muerto, ninguna violencia importante. Y los dólares al coleto. Pero todo se alarga demasiado, Johnny. Yo ya he empezado a cansarme.

El joven se encogió de hombros, con un gesto de impotencia.

—Lo comprendo. Y no creas que no me hago cargo.

—¿Cómo piensas actuar ahora?

—Voy a darme por vencido.

—Claro… Las cosas cada vez se te complican más. Ese jefe de federales te ha metido en un buen apuro, ¿eh? Esto no puede seguir así.

—Estoy de acuerdo contigo, Mary.

—¿Dejo en libertad a Johnny?

—Sí. Más vale.

—Volveré enseguida a casa y le daré la buena noticia.

—¿Dónde lo tienes ahora?

—Nuestra otra hermanita, Alicia, lo cuida. Y ya sabes que Alicia pesa tanto como yo.

—Tendrá un alegrón al librarse de vosotras. Pero dile que si queda en libertad es con una sola condición.

—¿Que no nos delate?

—Justo. Le convences de que no ha habido ningún muerto en todo este asunto. Que de verdad no tengo ni idea de dónde puede estar ese maldito dinero que Peter obtuvo con sus rapiñas. Y que vale la pena dejarlo todo así.

—Le convenceré. Ya te he dicho que es un buen muchacho.

—De acuerdo, Mary. Vuelve cuanto antes.

Los dos hermanos se dieron un beso en la mejilla.

Mary desapareció, haciendo temblar los cimientos de las casas a su paso.

Johnny pensó que con aquello se despedía de todos sus planes y de todos sus sueños. Hubo una vez en que pensó que le sería fácil llegar a rico. Pero el dinero es esquivo, el dinero no viene sólo porque uno lo llame a gritos. Él había fracasado y ahora tenía que renunciar. Nunca se sabría dónde estaba el condenado botín de Peter.

Cabizbajo, regresó al hotel donde la noche anterior había dejado a Virginia Watson.

Pero una mano le alcanzó de nuevo. Y esta vez la mano iba armada de una estaca.

Le dio de lleno en la cabeza.

CAPÍTULO XI

Johnny no era de los que pierden el conocimiento a la primera, de modo que aún pudo volverse.

Vio a Virginia Watson.

Virginia le miraba con el palo aún en la mano, llameando sus hermosos ojos.

Había muchas estacas como aquélla en diversos lugares de Abilene. En las cuadras, en los carromatos que descansaban junto a los porches y, desde luego, en las casas viejas que empezaban a derrumbarse. En una ciudad de madera, como era Abilene, aquello abundaba.

Y Virginia Watson había manejado el suyo bien.

¡Vaya si lo había manejado!

—¿Por qué este cariño reciente? —balbució Johnny—. ¿Qué es lo que he hecho?

—¡No has venido en toda la noche!

—Eso es cierto.

—¡Y además acabo de ver cómo besabas a otra mujer!

—Pero la he besado en la mejilla…

—¡Eso lo dices tú! ¡Desde aquí no he podido apreciarlo con detalle, pero estoy segura de que la besabas en la boca!

Johnny no le quiso decir que era su hermana porque aquello quizá le hubiera obligado a explicar otras cosas sobre las que quería, guardar el más absoluto silencio. De modo que se pasó la mano por la cabeza, donde el trancazo le dolía como una marca de fuego y murmuró:

—Si quieres acompañarme, creo que nos vamos a ir lejos de aquí, Virginia.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—Es un largo viaje. A Santa Fe y luego a Tucson.

Ella le miró con desconfianza.

—¿Para qué habíamos de irnos?

—¿No recuerdas el testamento de Peter?

—¡Claro que lo recuerdo!

—Pues en él se hablaba de otras dos mujeres, Y quisiera conocerlas.

—¡Mujeres, siempre mujeres! ¡Sales de un lío y te metes en otro!

—Lo único que deseo es encontrar el dinero. Las faldas me importan poco.

—No te creo, pero tampoco estoy dispuesta a dejarte solo. Por cierto, supongo que en ese viaje no vendrá ninguna otra mujer…

—No, ninguna.

—¿Ni esa mosquita muerta que fabrica pelucas?

—Parece que no le tienes mucha simpatía…

—Tampoco le tengo antipatía, la verdad. Debe ser una buena chica, pero no quiero que te encapriches de ella.

Johnny no contestó.

No, no quería pensar en ninguna mujer más. Haría el último intento por alcanzar el dinero de Peter, y si eso fallaba se iría bien lejos, al Norte. Era capaz de dar con sus huesos en el Canadá.

—Dentro de una hora sale la diligencia para Santa Fe —dijo—. En aquel cartel, en la casa de postas, lo indica. Puedes ir preparando tus cosas, muñeca.

Y se dirigió hacia la casa de Sally.

Sally estaba ante él. Estaba quieta, sentada en el único banco que había en el jardín posterior de la casa. Era el mismo jardín, o patio, donde la noche anterior fueron depositados los cadáveres de Kinton y Louis, que luego se encargó de retirar Parker.

La muchacha retorcía los dedos nerviosamente. La noticia que acababa de darle Johnny no le causaba la menor satisfacción. Pero trató de disimularlo con una sonrisa, mientras volvía hacia él sus ojos sin luz.

—De modo que vas a irte…

—Tengo que seguir la investigación —murmuró Johnny.

—Lo siento porque…, porque creí que no te moverías de aquí. Contigo me sentía mucho más segura.

—Volveré. Sally. Voy a hacer el viaje en diligencia, y las

diligencias son rápidas. En un tiempo muy corto volveré a estar aquí.

—Es posible que entonces yo ya no sea una ciega.

A los labios de Johnny asomó una sonrisa de alegre sorpresa.

—¿Es que el médico ha venido a verte en este rato?

—Sí, y me ha dicho que pasado mañana me hará una pequeña intervención. Entonces tendré que estar con los ojos vendados una semana, pero si tengo suerte volveré a ver.

Hizo girar un poco la cabeza, mientras una sonrisa triste asomaba a sus labios.

—Me gustará ver la cara que tienes, Johnny.

Él tragó saliva.

—Pues, pues una cara vulgar.

—Tu voz no es vulgar. Tu voz es la de un hombre que ha sufrido. Hay momentos en que eso se nota.

—No sé cómo puedes advertirlo.

—Cuando la vista duerme, todos los demás sentidos se despiertan.

—Todo el mundo sufre —murmuró Johnny—. Sufren hasta los ricos. ¿Y cómo no van a sufrir los qué han nacido pobres?

Dio unos pasos por el patio, mientras miraba de soslayo a la muchacha, que seguía muy quieta.

—En mi casa yo era el único varón —dijo—. Tengo dos hermanas y las dos son muy fuertes, casi como dos hombres. Pero nuestro padre murió cuando éramos unos niños. Entonces hubo que luchar de verdad por la vida. Labrábamos el campo de día y por la noche teníamos que estar atentos con un rifle al lado de la ventana, porque los pistoleros infestaban la región. Así fui creciendo. No era una escuela muy agradable, te lo aseguro. Pero tampoco me he quejado jamás. Ya te he dicho que al fin y al cabo todo el mundo sufre.

—En esas condiciones, tiene mucho mérito que hayas llegado a ser un agente federal —dijo ella.

Johnny se pasó una mano por la boca.

Sentía una pena muy honda, muy amarga, dentro del corazón.

—¿Qué pasa? —murmuró ella al cabo de unos instantes—. ¿Por qué ese silencio? ¿Te he ofendido?

—No, no, todo lo contrario…

—Pues tengo la sensación de que no eres demasiado feliz. ¿Estás a disgusto en los federales?

Él apretó los puños, hasta que crujieron sus nudillos. Y dijo con voz ronca:

—A ti no podría engañarte, Sally. No es justo que vaya mintiendo a una muchacha que además no puede ver cómo es el mundo.

—¿Engañarme? ¿En qué sentido?

—Nunca he sido un federal —confesó él—. Soy otra cosa muy distinta: un sinvergüenza, un sinvergüenza de tomo y lomo. Al verdadero federal encargado de sonsacar a Peter, lo tengo encerrado en mi rancho. Yo pensé que podía averiguar dónde Peter tenía el dinero, pero en beneficio exclusivamente mío. Hace poco he estado a punto de echarlo todo a rodar, pero quiero probar las últimas posibilidades. Por eso voy a Santa Fe y a Tucson. Pero no pienses nunca que tienes delante a un hombre honrado, Sally; tienes delante a un granuja.

Una vez dicho esto, se sintió más tranquilo. Sentía esa paz que uno siente después de confesar sinceramente su pecado. Pero a partir de ese momento, Sally le miraría como a un monstruo.

—Creo que es mejor que no me tengas delante —dijo él—. Cuanto antes me largue mejor.

Ella balbució:

—Quiero que me hagas un favor, Johnny.

—¿Qué favor?

—Quiero saber qué cara tiene un granuja de tomo y lomo.

Se puso en pie y se acercó a él. Johnny estaba quieto, como hipnotizado. Nunca le había ocurrido aquello. Y sintió cómo las manos de la muchacha iban hacia su rostro.

Las yemas de los dedos femeninos recorrieron las líneas de su cara. Lo que no podían ver los ojos lo captaron aquellos dedos sensibles, en los que Sally Donovan parecía haber concentrado todas las potencias de su alma.

Después de ese examen se separó un poco de él. Sólo un poco.

—Hay granujas que no están del todo mal —dijo lentamente.

Johnny la tenía muy cerca, tan cerca que no pudo resistir aquella tentación maldita.

La estrechó bruscamente entre sus brazos.

Los dos sabían que aquello era una despedida.

El joven la apartó poco a poco e hizo que volviera a sentarse delicadamente en el banco, como el que deposita con cuidado una muñeca que se puede romper.

Luego salió de allí.

Salió de allí sin fijarse en nada, sintiendo en los labios la quemadura del beso de la muchacha.

Pero en la puerta casi tropezó con Parker.

Parker, con sus eternas gafas negras, se disponía a limpiar las manchas de sangre que aún había sobre una alfombra.

Johnny susurró:

—Perdón…

—¿Se marcha?

—Sí, ahora mismo. Me voy a Santa Fe.

—Hace bien, amigo. Cuanta más tierra ponga de por medio, mejor. Aquí sólo le espera la muerte.

—¿Quiere decir que los padres de Kinton y de Louis preparan algo nuevo?

—Estoy seguro.

—Pues como no se den prisa en atraparme —murmuró Johnny —, se les va a escapar la liebre.

Y se dirigió a paso rápido hacia la casa de postas, donde ya empezaban a preparar la diligencia que había de salir para Nuevo México.

CAPÍTULO XII

Eran pocos los pasajeros que se habían reunido en el vehículo, dispuestos a emprender el penoso viaje. La ruta entre Abilene y Santa Fe era difícil e incómoda porque había que atravesar el Llano Estacado. Sólo hacían aquel viaje los que realmente no tenían más remedio que hacerlo.

Además de Virginia Watson y de Johnny, se habían encontrado en la diligencia dos hombres más: uno era un tipo de unos veinticinco años, alto y fornido. El otro, un viajante de comercio que maldecía de su destino y gritaba a quien quisiera oírle que ya estaba harto de recorrer aquella ruta, según él la más polvorienta de Estados Unidos.

Durante el primer día de viaje no ocurrió nada.

Aquella noche se detuvieron en una posada de mala muerte donde Johnny compartió la habitación con aquel tipo fornido que debía tener unos veinticinco años. Era uno de esos tipos que hablan poco y que, desde luego, no le distraen a uno, pero tampoco le molestan.

Se limitó a emitir un par de gruñidos cuando los dos se tapaban con las mantas, cada uno en su cama.

A la mañana siguiente, mientras se lavaban, el individuo murmuró:

—Creo que aún no le he dicho mi nombre.

—No, no me lo ha dicho.

—Me llamo Joyce.

—Yo Johnny.

—Lleva usted una chica estupenda, ¿eh? ¿Es su amiguita?

—Sólo a ratos.

—Parece peligrosa, ¿no? Una mujer de armas tomar.

—No se le ocurra desafiarla. Quizá perdería.

Joyce lanzó una ronca y áspera carcajada.

Los dos subieron de nuevo a la diligencia, donde ya estaban esperando los otros. Virginia tenía muy buen aspecto. Por lo visto a ella los viajes, aunque fueran duros, le sentaban bien.

El carruaje avanzó a galope por la llanura interminable. El mayoral lanzaba continuos gritos para excitar a los caballos, pero su ayudante, con el rifle entre las manos, dormitaba. Los dos sabían bien cuáles eran los puntos difíciles de la ruta.

Joyce, que estaba sentado junto a Johnny, murmuró:

—Por aquí, por las cercanías de Lubbock, no hay peligro de atracos. Toda esta zona está muy limpia. Por eso el ayudante se duerme sobre su rifle.

—Mejor —murmuró Johnny—. No me gustaría tener sustos ahora.

—No los tendrá… amigo.

Y en ese momento, Johnny sintió el contacto duro junto a su hígado. Aquel contacto del cañón de un revólver.

Miró sorprendido, sin comprender del todo aún. Joyce había sacado el «Colt» y se lo clavaba en el costado. Sus rudas facciones estaban contraídas. De su boca escapaba una risita silenciosa.

—Dame tu petardo, Johnny.

La barbilla del viajante de comercio empezó a temblar. Virginia se puso lívida.

—Si alguien hace un solo movimiento que no me guste, apretaré el gatillo —advirtió Joyce—. A estas alturas no me voy a asustar por rellenar de plomo a un hombre.

Nadie se movió.

Bastaba mirar unos segundos a Joyce para darse cuenta de que, en efecto, la vida de un hombre más o menos le importaba bien poco.

Extrajo su revólver y se lo tendió a Joyce, empuñándolo por el cañón.

—Te advierto que si buscas dinero vas listo —murmuró—. Apenas tengo unos dólares para seguir el viaje. Me parece que esta vez has «olido» el negocio mal, muchacho.

—¿Crees que soy un vulgar salteador de diligencias?

Johnny miró de soslayo el revólver que le apuntaba aún.

—Al menos eso parece. Y de los de peor especie, muchacho. De los que se mezclan con los pasajeros para dar mejor el golpe.

—Pues te equivocas… Soy algo mucho más importante. Asalto Bancos. Y tengo ya preparado un golpe en Clovis, en la frontera de Nuevo México.

—Vaya, hombre… Y esto, ¿para qué lo haces? ¿Para ensayarte?

—Quiero que me des algo que llevas encima. Algo que he visto esta mañana.

—No sé qué es lo que puedo llevar y que te interese, pero en fin… Pide por esa boca.

—Quiero tu placa y tu credencial de agente federal.

Johnny arqueó una ceja.

—¿Pretendes hacerte pasar, por un agente de la ley?

—Exactamente. No sabía de qué modo entrar en el Banco de la ciudad de Clovis, para facilitar el paso de mis hombres, y tú me has dado una idea. Tu placa de federal me abrirá el camino. De modo que ya me la estás largando.

Johnny murmuró:

—Cuerno. Al final esta placa habrá servido para mucha gente…

Pero el otro no le entendió.

—Venga. ¡Lárgala!

—Toma, hombre, toma.

Y le dio la placa y la credencial, donde constaba su nombre, pero ninguna fotografía.

—Buen provecho —murmuró.

Joyce tomó aquello como si con eso se asegurara el éxito de un plan que había de hacerle millonario.

—¿No me devuelves el revólver? —musitó Johnny.

—¿Para qué trates de quitarme la placa?

—Te advierto que me interesa mucho menos de lo que tú puedas imaginar. Ya me fastidiaba llevarla.

—Te devolveré el revólver cuando no haya peligro. Cuando mis hombres vengan a buscarme.

—Ah… De modo que vas a encontrarte con ellos.

—De un momento a otro aparecerán por el borde del camino, y yo seguiré con ellos. Vosotros podréis seguir viaje.

—Vaya… Eres un granuja bastante civilizado.

—Me gusta «ganarme la vida», pero causando el menor daño

posible. Mira, ahí están.

Señalaba por la ventanilla. A un lado del camino, saliendo de un bosquecillo de árboles secos, habían aparecido tres jinetes. Los tres llevaban rifles.

Hicieron un solo disparo de aviso, tirando entre las patas de los caballos.

El mayoral bramó:

—¡Sooooo!…

La diligencia se detuvo. El ayudante despertó de pronto, dando un brinco con su rifle.

—¿Qué pasa?

—¡Lo que tenía que pasar ya ha pasado, idiota!

El ayudante alzó los brazos hasta el cielo, mientras dejaba el rifle en el pescante.

Los tres hombres se aproximaron.

Venían hacia la diligencia de frente, o sea que no era posible verles bien desde las ventanillas laterales.

Joyce murmuró:

—Bueno, han sido puntuales.

Abrió la portezuela y bajó.

Los tres jinetes habían dado ya la vuelta hacia aquel lado. Le apuntaban con sus rifles.

Una viva expresión de asombro se dibujó en el rostro de Joyce.

No lo entendía.

—Pero… Éstos no son mis hombres —masculló.

Se adivinaba que los jinetes eran pistoleros profesionales. Bastaba ver el modo como llevaban sus armas para comprenderlo. Joyce estaba más atónito cada vez.

Uno de los jinetes masculló:

—¡Buscad al que nos han encargado!

Dos desmontaron, obedeciendo su orden. Uno se introdujo materialmente en la diligencia, dispuesto a registrar a los pasajeros.

—Buscamos a un federal —masculló—. Buscamos a un federal para hacerle unas cuantas caricias…

Miró Johnny con sus ojillos de reptil.

—Tienes que ser tú…

Pero en ese momento el que se había quedado fuera murmuró:

—¡Eh! ¡No hace falta que busques más! ¡Es éste! ¡Lleva la placa

muy bien puestecita, para que la vea todo el mundo!

Joyce bramó:

—¿Pero de qué infiernos estáis hablando?

Los tres pistoleros no hablaban: actuaron.

Todo fue tan rápido que Johnny no pudo preverlo. Además tampoco hubiera podido intervenir, puesto que no llevaba armas.

Tiraron a quemarropa contra Joyce.

Fue un asesinato vil, una verdadera ejecución hecha por tres matones a sueldo.

No le habían dado la menor oportunidad de defenderse. Joyce cayó, atravesado por tres balazos.

El viajante se había ocultado la cara tras el maletín.

El único que estaba sereno era Johnny, quien murmuró a través de sus dientes apretados:

—¿Puedo saber por qué habéis matado a ese hombre? ¿O es un secreto militar?

—¿Era amigo tuyo?

—No. Lo había conocido en la diligencia.

—Es que si llega a ser amigo tuyo tú también te la hubieras cargado… Bien, para que te quedes tranquilo te diré que es un trabajo muy bien pagado. Dos hombres llamados Kinton y Louis nos han ordenado traerle su cadáver. Él mató a sus hijos.

Johnny se mordió el labio inferior.

Lo comprendía todo muy bien, después de estas palabras. Aquéllos, tres asesinos habían recibido una sola orden: matar. Pero no conocían a su víctima; sólo sabían de ella la edad aproximada y el hecho de que era un agente federal.

Un escalofrío le recorrió.

Se dio cuenta de lo inmensamente cerca que había estado de la muerte.

El pistolero que aún iba a caballo masculló:

—Cargad el cuerpo. Se lo llevaremos al señor Kinton.

—¿Vamos a ir en viaje directo?

—No, hombre. Haremos noche en Wimbledon. Aquello está muy tranquilo y nadie se extrañará de si viajamos o no viajamos con un muerto.

Colocaron el cadáver en una silla, montaron y desaparecieron como fantasmas, igual que habían aparecido.

Lo único que el ayudante del mayoral pudo decir fue:

—¡Cáspita…!

Virginia estaba mortalmente pálida.

—Se han equivocado. —Balbució.

—Sí. Pero rectificarán el fallo en cuanto se den cuenta.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Johnny se pasó lentamente el dorso de la mano por la boca y luego escupió a través de la ventanilla.

—Los mataré —dijo sencillamente.

—Más vale que no pienses en ellos… Nosotros nos alejamos. Puede que no nos den alcance.

—Sería dar la espalda al peligro. Tarde o temprano me los volvería a encontrar. De modo que iré a buscarlos… esta misma noche.

—¿En Wimbledon?

—Wimbledon es una vieja ciudad abandonada —masculló Johnny—. Un sitio estupendo para que tres hijos de perra lancen a la vez su último suspiro…

CAPÍTULO XIII

Hubo un tiempo en que Llano Estacado se consideró una zona aprovechable. Se hablaba de que podrían ser desviadas hacia allí las aguas del cercano Río Rojo, y de que los establecidos en la comarca dispondrían de magníficas tierras.

Ése fue el origen de la ciudad de Wimbledon: un cúmulo de ilusiones que, como tantas cosas en la vida, no se realizaron jamás.

Ahora sólo el viento y la arena susurraban en sus calles muertas. Y sólo los coyotes aullaban en la lejanía.

Johnny se pasó a las primeras casas.

Se movía en silencio, como una sombra, mientras en la derecha empuñaba un último modelo de «Colt», una auténtica maravilla que le había regalado el viajante de comercio.

Porque resultó que aquel tipo era un representante de la casa «Colt».

Nadie lo hubiera dicho, desde luego. Pero en la vida se lleva uno muchas sorpresas de esa clase.

La luna lo iluminaba todo. Se veía con tanta claridad como si fuese de día.

Johnny no tenía ni idea de dónde podían estar sus tres asesinos.

No se oía nada.

Empezó a pensar si no se habrían detenido en Wimbledon. Si el decirlo precisamente había sido porque pensaban detenerse en cualquier sitio menos en Wimbledon.

Pero siguió avanzando.

No tenía más pista que aquélla y necesitaba seguirla hasta el final.

El chasquido del rifle le avisó de pronto. Acababa de oírlo sobre su cabeza. Una voz gritó:

—¡Cuidado, Suárez!

Johnny se dejó caer a tierra.

El hombre que estaba en el tejado le apuntaba ya, pero falló el disparo a causa del rapidísimo movimiento del joven. La bala se incrustó a media pulgada de la cabeza de éste. Johnny disparó a su vez.

Cuando la casa «Colt» recomienda uno de sus cacharros, es porque ese cacharro vale la pena. Y el revólver que le habían dado a Johnny era «recomendado».

Vio a su enemigo dar un terrible brinco, mientras la bala le penetraba por debajo de la mandíbula.

Pero con eso no se había librado más que de uno. Suárez, al cual acababan de avisar, debía estar cerca.

Johnny lo vio surgir por una de las puertas.

Era el que daba órdenes, el que no había descendido de su caballo. Pese a haber recibido el aviso, se le veía desorientado, sin comprender.

Johnny hizo que «comprendiera» en un instante.

Disparó dos veces, alcanzándole en mitad del corazón. Suárez dio un traspiés, se pegó a la pared de la casa y resbaló por ella lentamente, mientras soltaba el revólver.

Luego se produjo un brutal silencio.

Un silencio sólo roto, al cabo de unos instantes, por el canto monocorde de los grillos.

Tenía que haber otro, pero no se le veía por parte alguna. Y Johnny sabía que si uno sólo quedaba con vida, él no podría considerarse seguro jamás.

Sus oídos trataron de captar el menor rumor, el menor susurro.

Pero fue inútil. No se oía nada.

Hasta que captó en las cercanías el apresurado galopar de aquel caballo. Hasta que un solo pensamiento se dibujó en su cerebro con perfecta claridad.

¡Su tercer enemigo huía!

El joven corrió a toda velocidad por las calles de la ciudad muerta para tratar de disparar contra el fugitivo aunque fuera a distancia. No podía permitirse el lujo de dejarlo vivo. Llegó hasta el final de una empinada calleja.

El caballo se distinguía remotamente, como una sombra lejana.

Johnny estaba al lado de una puerta de cristales que aún conservaba enteros la mayor parte de éstos. Vio el reflejo en ellos.

«Es mi figura —pensó maquinalmente—. Es mi figura que se refleja a la luz de la luna…».

Y de repente un calambre recorrió todo su cuerpo.

Notó el sabor de la muerte en la boca.

Giró con la velocidad del rayo, mientras disparaba dos veces, como si quisiera matar aquello, el propio reflejo de su figura.

Los cristales se hicieron añicos, se partieron en cien pedazos. Y detrás de ellos todo pareció teñirse de rojo.

Johnny bajó el revólver, mientras todavía respiraba entrecortadamente.

—Por poco me liquidas con esa treta… —balbució—. Hacerme creer que habías huido, cuando en realidad hiciste marchar al caballo solo… Si no llega a ser porque yo llevo el sombrero de otra manera, hubiese creído que tu figura era mi propio reflejo…

Y guardó el revólver.

Sus tres enemigos estaban liquidados.

Ya no creía que Kinton o Louis enviaran a nuevos pistoleros contra él. Lo supondrían eliminado para siempre. En cuanto a Johnny, no haría nada, por su parte, para matarlos a ellos. Ya tenían bastante pena con conocer la muerte de unos hijos a quienes desde el primer día habían consentido ir por el camino del mal.

Se dirigió a pie hacia el lugar donde habían acordado que esperaría la diligencia.

Ahora tenían todo el carruaje para Virginia y él solos, pues el viajante de comercio había decidido largarse a toda prisa de allí.

Johnny subió, vio la sonrisa de la muchacha, que le esperaba, y corrió las cortinillas.

—Buenas noches, amigos —dijo al mayoral y su ayudante—. Podéis seguir viaje cuando os parezca.

Los dos hombres estaban blancos.

—Cuerno… —masculló uno.

—¡Qué suerte! —farfulló el otro.

Y la envidia hizo que ninguno de los dos pudiera pegar un ojo en toda la noche.

CAPÍTULO XIV

Llegaron sin novedad a Santa Fe, a la hora habitual. El pequeño retraso originado por todos aquellos acontecimientos, lo habían recuperado forzando un poco más la marcha de los caballos. Santa Fe era una ciudad bastante menos animada que Abilene, aunque estaba creciendo con gran rapidez. Cabeza de una enorme comarca agrícola y ganadera, pronto llegaría a convertirse en un lugar tan peligroso como las más sangrientas y famosas ciudades de Texas. Pero, por el momento, a Johnny le pareció una ciudad pacífica.

Llegaron de noche.

Se instalaron en el hotel contiguo a la casa de postas, y una vez se hubo bañado y cambiado de ropa, Johnny salió. Quería averiguar sin tardanza el domicilio de una mujer llamada Judith Carson.

Paseó por las calles, fijándose en todos los establecimientos.

Suponía que, como en los casos anteriores, quizá Judith Carson era una mujer bastante conocida, que incluso tendría un establecimiento a su nombre.

Pero, pese a fijarse en todos los rótulos, no vio ninguno que se la recordara. Parecía evidente, pues, que la chica no tenía ningún negocio establecido allí.

En ese caso le sería algo más difícil dar con ella, pero pensó preguntar.

Iba a hacerlo cuando un salivazo de terrible potencia atravesó de lado a lado la calle.

Por poco se le lleva el sombrero. Y un caballo, entre cuyas patas había caído el tabaco mascado, se encabritó.

Johnny lanzó un gruñido.

El vejete estaba sentado allí. Estaba sentado en un porche lo mismo que en Kansas City y que en Abilene. Seguía mascando

tabaco, y dentro de poco iba a tener preparada la próxima andanada.

Johnny se pasó una mano por la boca y otra por la nariz.

No podía creerlo.

—Oiga, abuelo —masculló.

—¿Qué hay, nieto?

—¿Cómo ha llegado a Santa Fe?

—Pues en diligencia, sencillamente. Seguro que tomé la que salió delante de la suya.

—¿Y por qué se marchó de Abilene?

—No les gustaba mi presencia allí.

—¿Hizo algo grave?

—De un escupitajo me llevé el sombrero del alcalde.

—¡Cuerno! Es que se está transformando usted en un peligro público, abuelo.

—Me temo que sí. Y es que soy un incomprendido, nieto. ¿Qué culpa tengo yo de escupir el tabaco tan fuerte? Oye, ¿y a qué has venido aquí?

—No me diga que la conoce.

—¿Conocer a quién?

—A una chica llamada Judith Carson.

—Hombre, claro que la conozco. Como casi toda la ciudad. Mira, allí la tienes.

Johnny miró.

Sí, allí la tenía. Pero nunca imaginó que fuera una mujer de aquella clase.

Vestía ropas masculinas, aunque tan ceñidas que no hacían más que realzar sus turbadoras formas. Llevaba un cinto canana con un revólver. Y por sus gestos, por sus piernas entreabiertas y su actitud decidida, se adivinaba que estaba dispuesta a «sacar».

¿Contra quién?

Johnny lo vio enseguida.

Un tipo de facciones pétreas, con ojillos de reptil, se había situado frente a ella, al otro lado de la calle.

También iba a «sacar».

Era un desafío en regla.

Y, aunque pareciera sorprendente, se trataba de un desafío a muerte entre un hombre y una mujer.

Johnny balbució:
—Pero… ¡eso es innoble!
—Espera, amigo, espera. No te excites.
Judith había gritado:
—¡Ahora!
Movió el revólver. El tipo de los ojillos de serpiente lo había movido unas décimas de segundo antes.
Dio la sensación de que iba a ser más rápido.
Se oyó un solo disparo, mientras Johnny ahogaba un grito, pues pensó que era la mujer la que iba a caer. Pero se llevó una buena sorpresa. Porque, con gran asombro suyo, el que se tambaleó fue el pistolero.
Había sido alcanzado en el centro del corazón.
Dio un traspiés, como si fuera a avanzar, y de pronto se derrumbó sobre el polvo. La chica volvió la espalda despectivamente.
Pero, aunque agonizante, el pistolero aún tenía fuerzas para levantar el revólver. Desde el suelo apuntó desesperadamente a la espalda de la muchacha.
Johnny gritó:
—¡Cuidado!
Pero se dio cuenta de que ya era tarde. Nada podría evitar que el pistolero apretase el gatillo.
Y entonces el vejete lanzó su terrible salivazo, parecido a una descarga de artillería.
Esa descarga alcanzó de lleno la cara del pistolero, que vaciló con un gruñido de dolor. Fue suficiente para que su disparo se retrasara. Judith Carson tuvo tiempo de volverse y apretar el gatillo de nuevo.
Una mancha de sangre se produjo repentinamente en la cara del pistolero.
Hundió la cabeza entre el polvo y ya quedó así, definitivamente y espantosamente quieto.
Numerosos hombres fueron a felicitar a Judith Carson, diciendo que ellos no lo hubieran hecho mejor, pero la muchacha les desdeñó con un suave gesto.
Se dirigió, por el contrario, al vejete, que volvía a mascar tabaco.

—Gracias, abuelo. De no ser por usted, ahora estaría muerta.

—No hagas caso. Ya pensaba darle antes de que empezarais con ese jaleo.

Y añadió, señalando a Johnny:

—Aquí tienes un amigo que quiere hablar contigo. Ha venido desde Abilene solo para buscarte.

Judith Carson alzó la cabeza para enfrentarse a Johnny, y entonces éste la vio bien.

Quizá no era una belleza en el sentido clásico de la palabra, pues tenía las facciones demasiado enérgicas. Pero era una mujer sana, maravillosamente formada, capaz de despertar las más violentas pasiones en un hombre tan sano como ella.

—¿Para qué quieres verme? —preguntó, calibrando complacida el físico de Johnny, como Johnny había calibrado el físico de la peligrosa damisela.

—Tú conociste a un tal Peter.

Las facciones de la muchacha se ensombrecieron. Sus ojos chispearon con odio.

—Ese hijo de perra… —masculló.

—Veo que no le tenías demasiada simpatía…

—Mi deseo más ardiente es verlo muerto a mis pies. Verlo muerto como un perro sarnoso.

—Pues me temo que no puedas ver complacido ese deseo. Peter fue ahorcado en la penitenciaría de Kansas City. Colgó de una cuerda como los buenos. Ya no te molestará más.

—¿Y tú qué tienes que ver con eso?

—Llevo su testamento. Pero me gustaría que hablásemos de eso en privado. Supongo que tendrás casa aquí.

—Claro que sí. Ven conmigo.

Y la inquietante mujer se lo llevó a un edificio que estaba situado al otro lado de la calle, entre las miradas de envidia y los murmullos de los que nunca tendrán tanta suerte.

El vejete siguió mascando tabaco pensativamente, mientras algunos individuos serviciales se llevaban el cadáver.

Johnny vio, al entrar, que Judith Carson vivía sola en una casa grande y limpia. Pero allí todo era doble. Es decir, había dos armarios, dos camas, dos mesas para escribir o trabajar… Daba la sensación de que allí vivía otra persona a la que no se veía por

ninguna parte.

Johnny murmuró:

—¿Tu marido?

—No. Yo soy soltera.

—¿Pues quién vivía aquí?

—Mi amiga Linda.

—¿Y dónde está ahora? ¿Que ha sido de ella?

Judith Carson dijo con voz ronca:

—Murió.

Y en silencio abrió un armario, extrayendo algo que hizo girar, atónitos, los ojos de Johnny.

Porque se trataba de un corsé. Un corsé de color rosa.

Johnny tragó saliva lentamente.

No podía negar que estaba asombrado.

Y más viendo los dos balazos que atravesaban aquel corsé. Había sido lavado, por lo que no quedaban manchas de sangre, pero los rebordes quemados por la pólvora aún se conservaban y eran un trágico testimonio de lo que debió ocurrirle a la dueña de aquella pieza.

Judith balbució:

—Esto llevaba puesto Linda el día en que Peter y sus buitres la mataron. Y la mataron porque no quiso acceder a sus cochinos deseos. Linda era mi única amiga, a la que quería tanto como a una hermana. Desde entonces odio a los hombres. No me importa vestir como ellos para tener más libertad de movimientos, pero los desprecio. Y cuando uno de ellos se acerca demasiado a mí, lo desafío. Como a ése… Y ahora ya lo sabes todo, por lo que seré yo la que pregunte. ¿Qué has venido a buscar aquí?

Johnny parpadeó.

—Precisamente ese corsé.

—¿Cómo…?

—Siéntate —le indicó Johnny—. Siéntate, por favor. Creo que más vale que hablemos con calma.

Y le contó todo lo ocurrido desde el momento en que entró en la celda de Peter para sonsacarle. No le mintió en nada excepto en una cosa: en que le dijo que él seguía siendo un federal.

Judith Caí son le escuchaba en silencio.

Sus facciones se alteraron un par de veces al escuchar aquella

narración. Y cuando el joven hubo terminado de hablar, ella guardó un largo silencio, como si necesitara un poco de tiempo para asimilar todo lo que había oído.

—Peter conocía la existencia de ese corsé —murmuró luego—, pero no veo qué relación puede tener con el producto de sus rapiñas. Más bien pienso que se debe haber burlado de ti. Era muy propio de ese canalla.

—Muchas veces he pensado yo también lo mismo —reconoció Johnny—, y la verdad es que no sé ni siquiera por qué he venido aquí. Era mi última posibilidad, ¿sabes? Pero debí haberme quedado en Kansas City.

—¿Hay algún otro nombre citado en ese testamento…?

—Sí. Un último nombre. Es el de una mujer que vive en Tucson y que se llama Lorena Singer.

—¿Qué tiene que darte?

—Pues…, pues…

—Vamos, dilo, hombre.

—Pues… unos sostenes.

—Eso tiene relación con un corsé.

—Cierto. Y también tiene relación con unas medias. Y hasta con una peluca. Pero que me aspen si veo de qué modo puedo convertir en dólares todo eso.

—Ciertamente, no podrás saberlo hasta que hayas recorrido todo el ciclo completo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes tener una idea clara hasta que hayas conocido a Lorena Singer, la última mujer. Quizá en ella esté la clave de todo.

Y añadió, apuntando a Johnny con uno de sus dedos:

—Eso sólo significa una cosa:

—Que he de ir a Tucson, ¿no?

—Que hemos de ir a Tucson.

—¿Tú también?

—Yo conocí antes que nadie a ese granuja de Peter, de modo que no me vas a dejar en la estacada. Además, siento curiosidad por todo esto. De modo que, como mañana sale una diligencia hacia Tucson, voy a acompañarte. Yo misma, pagaré los dos billetes.

Johnny tragó saliva penosamente.

—Tres —dijo.

—¿Es que viajas con alguien?

—Con… otra mujer.

—¿Bonita?

—Bueno… Pues…

—¿Más bonita que yo?

Johnny volvió a tragar saliva.

—Según como se mire…

—¿Según como se mire qué?

—Verás… Tú vas vestida de hombre.

Ella sonrió. Y sólo al ver aquella sonrisa se dio cuenta Johnny de que no, de que no tenía nada que ver con un hombre. Y de que no todos le daban asco, ni mucho menos.

—Eso tiene arreglo —murmuró Judith Carson.

Y se fue a la habitación contigua.

Cuando volvió, Johnny supo que estaba perdido.

Claro es que a media ciudad de Santa Fe le hubiera gustado «perderse» de aquella manera. Pero Johnny Tuvo miedo de no salir vivo de allí.

Y poco le faltó, desde luego.

CAPÍTULO XV

Aunque a la mañana siguiente fue peor. Porque a la mañana siguiente, cuando se dirigía al hotel donde había dejado a Virginia Watson, una mano cayó sobre él. Como le había ocurrido en Abilene.

Y esta vez también era una mano armada de una estaca.

Resultó que en Santa Fe había tantos palos sueltos como en Abilene. Y resultó que Virginia Watson estaba tan furiosa ahora como lo estuvo entonces.

Johnny por poco queda groggy esta vez. Los dos palos que recibió fueron de pronóstico.

Se volvió con las facciones muy pálidas.

—No hay que ponerse así, Virginia…

—¿No, eh? ¡No has venido a verme desde que me dejaste anoche!

—Es que me metí en grandes líos.

—Con mujeres, supongo.

—Pues…, pues no.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Nos vamos a Tucson.

—¿Con qué?

—Nos vamos en aquella diligencia… que ves allí.

Instantáneamente Johnny se arrepintió de haberla señalado, porque Judith Carson le estaba haciendo expresivas señas desde la portezuela.

Virginia lo vio.

Y como aún tenía la estaca en la mano, y como Johnny aún estaba a su alcance, lo demás es fácil de imaginar.

A Johnny tuvieron que llevarlo a la diligencia entre cuatro

hombres que se ofrecieron voluntarios para tan caritativo menester.

¿Caritativo?

Bueno, había que preguntarse si es caridad dejar a un pobre muchacho entre dos mujeres de esa clase…

Entre Santa Fe y Tucson el viaje era accidentado y difícil, pero no se hacía realmente pesado más que en verano, a causa de las elevadas temperaturas. Ahora, en cambio, el calor no era excesivo. Los cambios de caballos se hicieron puntualmente y los animales no se cansaron demasiado. A consecuencia de todo ello, llegaron a Tucson en un tiempo casi récord.

Cuando llegaron ante el hotel, Johnny iba con dos mujeres que apenas se miraban a la cara. La cosa se presentaba bastante complicada para él. Y pidió al cielo que al menos hubiera en aquel hotel tres habitaciones separadas.

Las había.

Cuando consiguió librarse de Virginia y de Judith —deseo que el dueño del hotel no entendió—, salió a la calle dispuesto a no perder tiempo. Decidido a encontrar cuanto antes a la última de las mujeres, a Lorena Singer.

Pensó que le iba a ser difícil.

Que tendría que preguntar a mucha gente antes de dar con ella.

Pero se equivocaba.

El nombre de la mujer a quien buscaba estaba en todas partes, en todos los rincones de la ciudad.

Grandes carteles la reproducían, vista de perfil. Y es que sólo de perfil se apreciaba todo lo que aquella chica era.

Las letras decían:

«LORENA SINGER
MISS BUSTO
La mejor delantera de Arizona.
Véala todas las noches en el saloon Riglay»

Bueno, no se puede decir que aquellos carteles mintieran.

Johnny pudo apreciar, ya a simple vista, que aquella muchacha tenía grandes cualidades, mejor dicho «dos» grandes cualidades. Al parecer era la atracción máxima de la ciudad de Tucson. El saloon

de Riglay debía llenarse todas las noches.

El joven estaba pensando en eso cuando de repente vio una especie de nube color tabaco que volaba hacia su cabeza.

Se apartó a tiempo.

El tabaco mascado se perdió poco más allá, tiñendo una de las paredes.

Johnny susurró sin volverse:

—No me diga que le expulsaron también de Santa Fe, abuelo.

—Pues sí. Me echaron.

—¿Por qué?

—Quise alcanzar un bando que acababan de colocar, prohibiendo mascar tabaco en la calle.

—¿Y qué?

—Pues nada, que me falló la puntería. Alcancé al *sheriff*, que estaba debajo.

Johnny chascó dos dedos.

—Se le va a arruinar la salud, abuelo. Y a este paso le van a ir expulsando de todo el territorio de Estados Unidos. Ya no le quedan demasiadas millas para llegar al océano Pacífico. Y cuando esté frente al mar, ¿qué hará?

—Me compraré una barca. Y lanzaré el tabaco al agua —farfulló el vejete.

—Pues arruinará la pesca. Va a acabar con todos los peces del océano. En fin, ya debe adivinar a qué he venido.

—Cualquiera lo comprendería. ¿Te has fijado bien en ella? Menudos… Menudos…, ¿eh?

Y lanzó una risita cascada, mientras con las manos trazaba grandes dibujos en el aire.

—¿Dónde podría encontrarla? —murmuró Johnny—. Quiero decir sin tener que ir al saloon.

—Me temo que tengas que pasar por allí, puesto que vive en él. Pero de todos modos, ¿por qué no la ves actuar antes? Ya no falta demasiado tiempo.

Y le señaló el saloon de Riglay, que destacaba en el centro de la calle principal. Johnny asintió.

—Cierto. Será mejor —dijo.

Y se dirigió al saloon. Tuvo suerte de llegar pronto, porque así pudo colocarse en un sitio aceptable. Aquello tenía cara de ir a

atiborrarse en pocos minutos. La gente bebía sin descanso, mientras prestaba atención a las atracciones que desfilaban por el escenario. En su mayoría eran vulgares. Se notaba que Riglay gastaba todo el dinero con Lorena Singer, que era la máxima figura.

Por fin ésta apareció, entre rugidos de entusiasmo del público.

Era una chica que tenía bastantes cosas apreciables.

Lorena se puso a cantar.

No lo hacía demasiado bien. En ese sentido era una medianía.

Johnny la contemplaba en silencio, pensando qué relación podía haber tenido aquella muchacha con Peter.

Sus facciones fueron impenetrables hasta que terminó el número de Lorena. Entonces aplaudió discretamente.

Las atracciones continuaron.

A continuación aparecieron unas cuantas bailarinas que también entusiasmaron al público. Aprovechando esto, Johnny pensó que quizá sería un buen momento para visitar a Lorena en su camerino, sin que nadie les molestara.

Pasó por entre las mesas y se dirigió a una puertecita que decía:

«Artistas»

Un individuo pequeñajo y calvo apareció saliendo a su encuentro. Llevaba entre los dientes un habano más grande que él.

—¿Qué quiere? —Gruñó.

Johnny le puso en la mano una moneda de a cinco dólares.

—Tome, amigo.

—¿Y esto para qué es?

—Para que se compre un soporte en el cual apoyar su cigarro. Si no, se le va a caer.

El otro lanzó un gruñido y fue a llevar la derecha a un pistolón que era al menos tan grande como el habano.

Johnny no se lo permitió.

De un golpe en la nuca lo dejó dormido, con cigarro y todo.

Entonces empujó una puerta sobre la cual se leía:

«Lorena Singer»

La «*miss* busto» de Arizona se estaba cambiando de ropa. Se quitaba las prendas artísticas para ponerse otras con las que salir a la calle. Lanzó un leve gritito al ver allí a aquel intruso.

Pero enseguida se dio cuenta de que aquel intruso no era como los otros.

Ya se sabe que las mujeres, en especial las artistas, tienen unas reacciones la mar de extrañas.

Eso fue lo que sucedió con Lorena Singer.

Después del gritito y después de la mirada, balbució:

—Al menos cierra la puerta.

Johnny la cerró.

Ella musitó:

—¿Qué haces ahí parado?

Ella susurró:

—Bueno, además de todo esto, ¿a qué has venido?

—Verás… —comenzó Johnny.

—Anda, dilo sin miedo.

—Es que yo…

—Habla, hombre, habla.

—Yo venía a que me dieras… unos sostenes.

Las facciones de la mujer palidecieron.

Sus ojos despidieron una llamarada, mientras daba un terrible empujón a Johnny, enviándolo al otro lado de la pieza.

—¿De modo que eso? —mascullo—. Eso, ¿eh? ¡Te has querido burlar de mí!

—No, eso no —murmuró Johnny—. Verás, yo…

—¡La broma que me gasta todo el mundo! ¡Tú debes saber que no hay sostenes de mi medida!

Johnny abrió los brazos, disculpándose.

—Verás, yo no he querido burlarme… Simplemente he venido porque un testamento hablaba de ti.

—¿Un testamento?

Johnny se acercó de nuevo, pero ahora con intenciones más pacíficas.

—Tú conocías a Peter, ¿no?

—¿Peter? ¿Qué Peter? ¿Uno del que oí decir que habían ahorcado en Kansas City?

—Y oíste muy bien.

—Era una granuja. Un maldito tunante. Dijo que quería casarse conmigo y hasta llegó a regalarme el anillo. Luego me enteré de que lo había robado un día antes. Celebro que lo ahorcaran. Me hubiera gustado estar en primera fila.

—Por, lo visto, Peter no dejó demasiados recuerdos buenos en este mundo.

—Ya te he dicho que era un, un… Pero tú, ¿qué tienes que ver con él?

Johnny decidió que no le quedaba más remedio que explicar otra vez toda su historia.

Y la explicó, diciendo la verdad excepto en una cosa, como siempre. Mintió al decir que él era un federal.

Lorena le había escuchado en silencio.

Sus ojos —no demasiado inteligentes pero sí muy bonitos—, brillaban con inquietud.

—No entiendo una palabra —dijo al fin.

—Pues yo confiaba en que tú serías la clave —murmuró Johnny.

—¿La clave de qué? No tengo ni idea. ¿Qué relación puede haber entre unos sostenes que yo no uso y el dinero que Peter debió guardar después de sus rapiñas?

—Tampoco la hay con una peluca, y con un corsé, y con todo lo demás —murmuró Johnny—. Pero, la verdad, yo confiaba.

—Pues puedes quitarte la idea de la cabeza, nene.

—Más me valdría haber renunciado en Abilene —musitó él—. Me hubiera ahorrado mucho trabajo.

—Pero no me hubieses conocido a mí.

Johnny se asustó.

—Verás… Es que, estoy…, estoy un poco cansado de conocer chicas.

—Pues yo no he conocido a muchos hombres como tú.

—¿Quieres decir que…?

Ella no pronunció una palabra más.

A la mañana siguiente, Johnny, antes de dirigirse al hotel donde había dejado a las dos mujeres, Virginia y Judith, pasó por el consultorio del módico de la ciudad.

—Doctor, ¿querría acompañarme?

—¿Qué pasa? ¿Algún caso urgente?

—Pues… sí.

—¿Grave?
—Gravísimo.
—¿Quién es el paciente?
—Yo.
—¡Pero si usted está muy sano!
—Dentro de poco ya no lo estaré tanto, doctor.
—¿Pues qué le pasa?
—Acompáñeme y lo verá.

El médico salió con él. Johnny le recomendó que no olvidara el maletín con el instrumental.

Esta vez Johnny no llegó ni al porche del hotel. Ahora eran dos mujeres con estacas.

Y el médico, viendo lo que recibía, balbució:
—Pues tenía razón, el tío.

CAPÍTULO XVI

No podía decirse que la llegada de Johnny a Abilene fuera una llegada triunfal.

Tenía muchas preocupaciones encima, preocupaciones capaces de poner amarillo a cualquier hombre.

En primer lugar, regresaba con tres mujeres.

Ninguna había querido soltarle. Y prácticamente, entre los cuatro, copaban la diligencia.

En segundo lugar, no había encontrado rastro del dinero de Peter, y no tenía idea de cómo encontrarlo.

En tercer lugar, cabía la posibilidad de que Kinton y Louis intentaran matarle de nuevo, al verle allí. En ese caso correría la sangre.

Pero al menos esta última preocupación se disipó para él al llegar a Abilene.

Mezclados en una serie de asuntos turbios, Kinton y Louis habían tenido que huir de la ciudad poco menos que a uña de caballo. Un gran cartel en la oficina del *sheriff* indicaba que, si volvían por allí, cualquiera tenía licencia para ahorcarlos. De modo que Johnny pensó que al menos no tendría necesidad de darle al gatillo por aquel motivo.

Pero las otras cosas continuaban igual.

Tres mujeres con él. Tres mujeres que sólo estaban de acuerdo para decir que le matarían. Por lo demás ni se hablaban.

Y ni rastro del dinero.

Una vez llegó a Abilene y las dejó en el hotel, en tres habitaciones separadas —ya que habitaciones acorazadas no las había—, fue directamente a ver a Sally Donovan.

La casa estaba igual. Silenciosa, tranquila, apacible. Bajo las

sombras de la noche, destacaba sólo por su lucecita tras los cristales de la puerta. Johnny fue a llamar.

Y de pronto un pensamiento le detuvo.

¿Llamar? ¿Para qué? ¿Para decirle a Sally que había fracasado? ¿Para explicarle que todo había sido en vano?

Aunque al fin se decidió.

Llamaría al menos para verla.

Llegaba hasta él como una sensación dulce, consoladora, al pensar que hablaría al menos unos minutos con la muchacha.

De modo que definitivamente fue a llamar, pero en ese momento se apagó la luz que desde el interior se filtraba a través de los cristales. No cabía duda de que Sally acababa de retirarse.

Verdaderamente era ya demasiado tarde para hablar con ella. Mejor sería esperar a la mañana siguiente a ver qué pasaba.

Pero Johnny no se decidía a irse de allí. Una especie de fuerza misteriosa le retenía junto a la casa. No sabía si eran sus recuerdos o los sentimientos que albergaba hacia la muchacha. El caso era que seguía quieto, mirando las paredes, como si algo le hipnotizase.

Rodeó la casa sin hacer ruido.

En este momento hubiera dado algo muy importante por ver a Sally, por poder hablarle.

Se daba cuenta de que eso no le había ocurrido jamás con ninguna otra mujer, y se sentía sorprendido.

Pero aunque dos veces intentó alejarse, tratando de pensar en otra cosa, dos veces aquella misma fuerza misteriosa le retuvo todavía allí.

Vio la ventana de la habitación tras la cual dormía Sally Donovan. La conocía desde aquella noche en que tuvo que entrar de repente, al oír los gemidos.

Una suave nostalgia flotaba en sus ojos.

Se daba cuenta de que aquella noche, a pesar de todo, había sido feliz. De que fue una noche distinta a todas las demás de su vida.

Al fin fue a alejarse.

Y en ese momento fue cuando creyó oír otra vez aquellos gemidos sordos, entrecortados, que llegaban a través de la ventana.

¡Sally estaba siendo atacada!

¡Ocurría como la otra vez!

Sin dudarlo un momento, saltó la cerca del patio y se dirigió

hacia aquella ventana.

Toda la casa pareció estremecerse cuando el corpachón de Johnny chocó con ella, deshaciendo el marco y convirtiendo en astillas los cristales.

Se oyó un gemido…

Johnny cayó al interior, dando dos vueltas por tierra.

La misma misteriosa silueta de la otra vez se movió con una rapidez desconcertante. El hombre que estaba allí lanzó un gruñido de sorpresa, pero no de desconcierto. Sabía lo que tenía que hacer. El cuchillo brilló en su derecha silenciosamente.

Lo lanzó antes de que Johnny se recuperara, cuando éste aún se hallaba en el suelo.

Sólo la agilísima torsión de cintura de Johnny le permitió seguir vivo. El cuchillo, que iba a clavársele en el estómago hasta las cachas, sólo le pasó rozando. Pero ese importante trabajo de salvar su vida le hizo perder unas décimas de segundo preciosas.

La silueta saltó hacia la puerta.

Se evaporó como un fantasma, como si las sombras de la noche se la hubieran tragado para siempre.

Pero esta vez no había salido de la casa, y por lo tanto Johnny pudo seguirle. Dio también un salto hacia la puerta. Resbaló en la oscuridad, mientras Sally exhalaba un gemido.

No recordaba bien la distribución de las habitaciones y no sabía adónde debía ir.

Pero una idea anidaba ya en su cerebro, una idea que le dolía como un pinchazo.

Abrió una de las puertas.

Aquélla tenía que ser la habitación de Parker.

Se introdujo en ella y se enfrentó al silencio, a las sombras que la llenaban por completo.

—Parker —masculló—, tu sucia comedia ha terminado. Más vale que te entregues si no quieres que te mate. Sé que estás ahí. Sé que tienes las manos como todos los hombres, pero colocabas entre dos de los dedos de tu derecha un pequeño relieve para que Sally, ciega, creyera que el hombre que la atacaba tenía ahí un grano o una dureza.

Rechinaron sus dientes. Una pequeñísima mancha de luz entraba por la puerta abierta a su espalda. Eso le permitía ver más o menos,

y muy confusamente, los relieves de la habitación en la que sabía le acechaba su enemigo.

—Tú no has estado ciego nunca —barbotó—. Te presentaste con unas gafas negras, y tu habilidad te bastó para engañar a todo el mundo, especialmente a una ciega como Sally. Estoy seguro de que al verdadero ayudante que le enviaron lo enterraste tú mismo. ¿Me equivoco?

Nadie contestó.

Johnny sólo escuchaba el compás de su propia respiración y el susurro del viento en la calle.

La mancha de luz se iba haciendo más difusa. Las sombras se estiraban, se hacían más inconcretas y fantasmales cada vez.

—Sally te gusta demasiado, ¿verdad…? —murmuró Johnny—. Y eres lo bastante cerdo para emplear la treta más indigna, una treta que sólo un miserable como tú podía imaginar. Pero esto ha terminado, Parker. Ha terminado para siempre…

Tampoco le contestó nadie.

Aquellas sombras fantasmales le rodeaban cada vez más. El silencio se había hecho angustioso.

Y de pronto Johnny comprendió. El miserable de Parker no le contestaría nunca. Aquel silencio, aquella oscuridad, eran sus cómplices. Eran las ventajas decisivas con las que contaba Parker.

Acostumbrado a vivir como un ciego, se movería entre las sombras mucho mejor que Johnny.

Y de pronto éste sintió el estremecimiento de la muerte en su espalda.

La respiración de Parker fue lo que le delató. Aquella respiración ansiosa, caliente, como la de un animal al acecho.

La cintura de Johnny se movió como el cuerpo de un reptil. Esquivó por milímetros la nueva cuchillada. La hoja de acero rebrilló ante sus ojos un instante.

Johnny movió de canto la mano derecha, con toda su terrible fuerza.

El impacto envió a Parker al otro lado de la habitación, pero no acabó con él. Lanzando un gruñido de fiera acosada, el falso ciego atacó nuevamente. Ahora lo hizo empleando un revólver. Veía bastante bien en la oscuridad, mientras que Johnny no veía prácticamente nada.

Sólo el nerviosismo de Parker le impidió acertar; eso y la pasmosa agilidad de Johnny, que en el momento de producirse el disparo ya estaba en un lugar completamente distinto.

Sabía que no podía estarse quieto ni un segundo; que su vida dependía de eso.

El fogonazo había hecho que Parker se delatara. El falso ciego buscaba con los ojos a su enemigo y no se preocupaba de cambiar de posición, creyendo ser el más fuerte. Eso permitió a Johnny saltar dos yardas, caer sobre él y mover manos y pies al mismo tiempo.

Fueron tres golpes implacables, mortales.

Fueron tres golpes de esos que hunden una pared y convierten en astillas un cuerpo humano.

Alcanzado en la cabeza y en el hígado, Parker se derrumbó lentamente. Era seguro que ya no se levantaría más. Johnny tomó su cuerpo entre las manos y lo arrastró hacia el exterior, como una fiera arrastra su presa.

Oía los gemidos entrecortados de Sally.

La muchacha estaba caída en el umbral de su habitación, llorando quietamente. No se veían las lágrimas porque tenía vendados los ojos. Sin duda se había operado poco antes y volvería a ver. Debía haber sido eso —la sensación de que aquello se acababa—, lo que motivó el nuevo y ansioso ataque de Parker.

Johnny la ayudó a ponerse en pie. Ella se estremeció, mientras dejaba de llorar. Había identificado enseguida el contacto de las manos del joven, tan distintas de las otras.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució—. ¿Has sabido… quién era?

—Parker.

—¡Dios mío! ¡No… no puede ser!

—Desgraciadamente ha sido, muchacha.

Y explicó con detalle lo ocurrido. Ella había refugiado la cabeza en su pecho y volvía a llorar silenciosamente, pero sus lágrimas eran distintas.

Eran lágrimas de alegría, lágrimas de liberación.

—Volveré a ver… —musitó al cabo de unos instantes—. Ahora sé que volveré a ver. Y algún día podré darte las gracias por todo lo que has hecho, Johnny…

Él la besó una y mil veces en la boca, con suavidad, con cariño,

hasta que notó que Sally se había calmado completamente.

Sólo entonces la soltó, mientras decía con tristeza:

—Lo que he de confesarte ahora es que mi viaje no ha servido para gran cosa. No tengo ni idea de dónde puede estar ese condenado dinero. Dispongo de una serie de cosas curiosas e inservibles: unas medias, un corsé, una peluca… Son cosas que sólo sirven para vestir a una mujer. ¿Y qué hago yo con ellas? ¿Venderlas? ¿Tirarlas al fuego? ¿Ponérselas, para que haga bonito a esa escultura a tamaño natural que modeló tu padre?

Johnny dijo eso sin darse cuenta, sin conceder importancia a la frase, mientras seguía acariciando con dulzura, con suavidad, a la muchacha que estaba junto a él.

Y de pronto sintió como un mazazo en el cráneo.

Y de pronto los ojos se le pusieron a rodar en las órbitas como si se hubieran transformado en bolas de billar.

Y de pronto gritó:

—¿Pero, cómo no lo he comprendido antes? ¡Si estaba clarísimo! ¡Diablos…!

La estatua hueca había sido rota. Bastó que Johnny introdujera las manos por el hueco para notar el tacto confortable y crujiente de una serie de fajos de papelitos verdes con unos números impresos. Unos números que iban del veinte al cien. El billetito más pequeño que había allí era de veinte machacantes.

Johnny los sacó todos, hasta despojar a la estatua de su secreto. Sus ojos seguían rodando dentro de las órbitas. Nunca había visto tanto dinero junto. Nunca creyó llegar a verlo.

La muchacha también estaba atónita. Aunque sus ojos no podían de momento distinguir la escena, se daba perfecta cuenta de lo que sucedía.

Johnny se pasó el dorso de la mano por la boca.

Y balbució:

—Ahora lo entiendo todo… Peter ocultó ese dinero ahí durante la temporada en que estuvo con tu padre, sin que éste se diera cuenta. Era un escondite más seguro de lo que parecía, puesto que él sabía que la estatua iba a conservarse aquí, y además intacta. Siempre soñó en fugarse y volver para disfrutar de esa fortuna, pero la justicia fue esta vez más rápida que él. Y al ir a morir en la horca decidió que disfrutara yo de ese dinero, puesto que me consideraba

un amigo. Pero tenía que ganármelo. No iba a ser todo tan sencillo… Y me dio los nombres de cuatro mujeres con las que en épocas anteriores había tenido relación por una u otra causa, señalando los objetos que me iba a dar cada una de ellas. No tenía nada de extraño que tú, por ejemplo, me dieras una peluca, puesto que las fabricabas. O que Virginia Watson me diera unas medias, puesto que hacía mucho tiempo que las vendía. Peter se dijo que quizá con todo esto llegaría a la única conclusión posible… ¡y he llegado! ¡Ahora soy rico! ¡Mejor dicho, somos ricos los dos!

Y volvió a estrechar entre sus brazos a Sally, que permanecía muy quieta, como si a pesar de aquella explosión de alegría sintiera una pena secreta que la devorara por dentro.

Johnny siempre pensó que cuando consiguiera aquél dinero, si lo conseguía, iba a tener el día más feliz de su existencia.

¡Y no lo tenía!

No entendía lo que le pasaba, pero aquello no era felicidad. Quería estar alegre y no podía. Cada vez que tocaba los billetes sentía como si las manos le quemaran.

¿Pero por qué?

¿Acaso se había vuelto tonto?

¿No era este momento el que había soñado durante tantos meses? ¿No se había jugado la libertad y la vida sólo por llegar a él?

Pero esos pensamientos no lograron tranquilizarle, imaginaba su vida junto a Sally —pues se daba perfecta cuenta de que a Sally no podía renunciar—, con la barrera de aquel dinero separándoles sin palabras, separándoles para siempre.

Al fin, se dio a sí mismo un puñetazo en la mandíbula.

—¡Tú ganas, idiota! —masculló.

—¿Adónde vas?

—Quiero telegrafiar al jefe de los federales de toda esta zona. He de dar con él cuanto antes.

Abrió la puerta y salió.

El puesto de telégrafos estaba junto a la casa de postas. Llegaría en unos minutos.

Pero de pronto una especie de nube negra fue a pasar por delante de sus ojos. Aquella nube negra se estrelló contra una de las columnas del porche, produciendo un ruido semejante a un trallazo.

Johnny se volvió, con la sorpresa retratada en los ojos.

El vejete, sentado en el porche, masticaba más tabaco calmosamente, preparando la próxima descarga.

El joven se pasó el dorso de la mano por la boca.

Murmuró, asombrado:

—¿Pero usted otra vez aquí?

—Sí, hijo, ya ves. A uno le echan de todas partes. ¿Adónde vas?

—A la oficina del telégrafo.

—¿Para qué?

—Quiero devolver algo que no es mío.

—Vaya, hombre, eso está bien.

—Sí, puede que esté bien, pero me quedaré con los bolsillos vacíos.

—Eso se arregla, hombre. Te darán una recompensa.

—¿Y usted cómo sabe que lo que voy a devolver es dinero, abuelo?

El vejete no contestó directamente. Se limitó a decir:

—¿A quién quieres telegrafiar?

—Al jefe de los federales de toda esta zona.

El vejete seguía mascando tabaco calmosamente.

Johnny le miraba, más asombrado cada vez.

Y de pronto, entre mordisco y mordisco al tabaco, el tipo susurró:

—Pues no te molestes en telegrafiar, chico.

—¿Por qué?

—Porque el jefe de los federales soy yo.

Y mostró la placa, mientras escupía el resto del tabaco. Johnny quedó como petrificado, Necesitó apoyarse en la columna del porche.

—Celebro que hayas sido buen chico —dijo el peligroso vejete —. ¿Por qué crees que te he seguido a todas partes, Johnny? Porque sabía que ibas tras el dinero y terminarías encontrándolo. Y sabía también que eras un pillo, pero al final me has resultado un pillo buen muchacho. De ese modo podré hacer que te den una recompensa, en lugar de meterte en la cárcel.

Johnny fue a andar. Pero estaba más asombrado de lo que creía. Otra vez necesitó apoyarse en la columna.

—Es que de todos modos he de telegrafiar a mi hermana —

musitó—. Tiene prisionero al auténtico federal encargado del caso.

—No te molestes, muchacho.

—¿Cómo? ¿Que no me moleste?

—No lo soltará ya nunca.

—¿Por qué?

—Se acaba de casar con él.

Y mientras partía una nueva pastilla de tabaco, añadió tranquilamente:

—Como tú te casarás con Sally, seguro. Pero ten cuidado, muchacho. Hay alguien que no está conforme con eso. Mira lo que viene por ahí.

Johnny miró. Y no supo si echar a correr o subirse a los tejados.

Porque tres mujeres venían a por él. Tres mujeres a cual más hermosa… y a cual más enfadada.

El vejete chascó dos dedos y dijo con la mayor calma del mundo:

—Es inútil que trates de huir, chico. Estás perdido. Pero no te preocupes: recogeré tus pedazos…

FIN